[356:10]

FLORENCIO SURROCA

UN ROBO SENSACIONAL

COMEDIA HUMORISTICA
EN TRES ACTOS

UN ROBO SENSACIONAL

En sus actuaciones por Cataluña, esta obra ha sido interpretada con gran éxito por la Compañía de Comedia SALVADOR MUÑOZ - SILVIA DE SOTO - OFELIA ZAPICO DE MOLINA, *con el siguiente reparto:*

PERSONAJES	ACTORES
DAMA (Ernestina) . .	Silvia de Soto
TIA (Ani)	Julia Quirós
DONCELLA (Paqui) . .	Irene Pallarés
LADRÓN (Leonardo) .	Salvador Muñoz
SEÑOR (Enrique) . .	Manuel Llopis
TIO (Pío)	Emilio Gónzalez
JOYERO (Gayoba) . .	Rafael Casañez
CRIADO (Mateo) . .	José Campos
Intruso	Luis Calafell

Regidor: José Lloret

Apuntador: José Lacarta

UN ROBO SENSACIONAL

DERECHOS RESERVADOS

La **Sociedad General de Autores de España** es la encargada del cobro de los derechos de representación.

GRÁFICAS CONDAL. - Clot, 102, 104 - Télefonos 54320 - 50255 - BARCELONA

UN ROBO SENSACIONAL

COMEDIA HUMORÍSTICA EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE

FLORENCIO SURROCA

PERSONAJES:

DAMA (Ernestina).—TÍA (Ani).—DONCELLA (Paqui).—LADRÓN (Leonardo).—SEÑOR (Enrique).—Tío (Pío).—JOYERO (Gayoba).—CRIADO (Mateo).—Intruso, Policias y Periodistas.

Época actual.—Derecha e izquierda del actor.

ACTO PRIMERO

Salón, que es a la vez antecámara del dormitorio matrimonial de familia opulenta. En el fondo, tres peldaños dan acceso al corredor, en el que destacan un lujoso y artístico bargueño, debajo de un suntuoso espejo todo lo grande que las proporciones del foro permitan. Ventanal en la parte opuesta al dormitorio. Teléfono en lugar discreto. Cuadro de mediano tamaño que oculta una pequeña caja de caudales. Muebles, los indispensables para la acción, que se supone a última hora de la tarde. Libros por todas partes, desparramados, sin orden ni concierto.

(Al levantarse el telón, Dama, vestida con bata o quimono, está sentada leyendo con avidez y pasión la novela "Un robo sensacional". En seguida entra en escena, por foro izquierda, la Doncella.)

DONCELLA. — Señorita, la modista espera para vestirla.

DAMA. — Cuando leo, no estoy en casa para nadie; debes saberlo. *(Suena el timbre del teléfono.)*

DONCELLA. — *(Vacila un momento antes de coger el auricular.)* Diga; un momento, señor. *(A Dama.)* Es para usted la llamada, señorita.

(Dama sigue la lectura sin hacer caso del teléfono ni de la Doncella. Ésta hace un mohín significativo, acompañado de un movimiento del índice derecho, indicando que su señorita está loca perdida. Luego insiste.)

Señorita, que la llaman. Póngase al teléfono, por favor.

DAMA. — *(Por la lectura y sin hacer caso de la Doncella.)* ¡Vaya robo curioso! Sensacional de verdad. *(A Doncella.)* Contesta que no estoy.

DONCELLA. — *(Al teléfono.)* Perdone la espera, señor. Mi señorita no está. — Más tarde quizás sí. — Esto es. — ¿Quién?. — Dentro media hora, probablemente.— Muchas gracias. — Buenas tardes, señor. *(A Dama, dejando el auricular.)* Es de la joyería que querían hablar con usted, señorita.

DAMA. — *(Levantándose.)* ¿El señor?

DONCELLA. — En la biblioteca, creo. *(Voces dentro.)*

DAMA. — Vamos, los tíos siempre tan oportunos.

(Mutis las dos. Dama entra a su dormitorio. Doncella por foro izquierda. Del foro derecha entran Tío, Tía y Criado. Los Tíos, ya de cierta edad, en el vestir y en la manera de comportarse, deben resultar un poco anticuados, pero no ridículos.)

TÍA. — ¿No habrán salido aún?
CRIADO. — No señora. Están vistiéndose todavía.
TÍO. — Te lo dije. Como que su propósito es comer en el restaurante de paso para la Embajada.
TÍA. — ¡No ha salido poco derrochador el matrimonio!
TÍO. — Gastan lo suyo; y que no es nada.
TÍA. — Ven acá, Mateo. Acércate. ¿Se portan bien?
CRIADO. — Como Romeo y Julieta. Que ya es decir.
TÍO. — ¿Lo oyes, Ani? Tus sospechas son infundadas.
TÍA. — Yo sé lo que me digo y lo que me hago, Pío.
TÍO. — Eres terrible: Siempre cavilando sobre la conducta de los demás.
TÍA. — Es lógico, hermano. Se trata de la única sobrina que tenemos.
TÍO. — Bien; pero es ya casada y allá ella con su marido. Nos importa un comino el que se lleven bien o mal.
TÍA. — ¡Jesús crucificado! ¡Cuánta herejía! Los hombres sois todos unos perversos.
TÍO. — A mí, lo que me pone nervioso, lo que me saca de quicio, es ese desorden que noto cada vez que entro en esta casa.
TÍA. — Esto no es nada, Pío. Al fin y al cabo, esto se ve y se toca y por lo tanto se arregla. Lo otro es lo deplorable. El despilfarro que hay aquí.
TÍO. — Suspicacias tuyas.
TÍA. — ¿Cómo que suspicacias mías? Vamos a ver, Mateo, en confianza: ¿qué son esas joyas tan costosas que Ernestina va a lucir esta noche?
CRIADO. — Algo de maravilla. Lo que mi lengua no sabe explicar. La señorita semejará una diosa, resplandeciente como el sol.
TÍO. — Vas que deslumbras, chico.
CRIADO. — Perdón, señor.
TÍA. — Déjate de cumplidos, socarrón. Contéstame: ¿quién las regala?
CRIADO. — ¡Toma! Pues el señor.
TÍA. — ¿Estás seguro?
TÍO. — A él se lo van a contar.
TÍA. — Pero, Mateo está aquí para indagar y sabe las cosas en su punto tal y como son.
TÍO. — Camelo y guasa pura, Ani.
TÍA. — No me subleves, Pío. Disfrutas llevándome siempre la contraria.
TÍO. — Reñir es nuestro quehacer. No tenemos otro.
TÍA. — Pues te callas. Más que más estando quien está delante, que nos escucha y nos juzga a su manera.
TÍO. — Bueno, Ani, es que Mateo no es un criado como los demás, según lo vienes proclamando tú.
CRIADO. — Confíen siempre en mi discreción, los señores.
TÍA. — Confío en tu prudencia y mayormente en tu sagacidad. Por algo te coloqué en esta mansión. De manera, que Enrique es quien ofrece el joyerío a su esposa. Pero... ¿es también el que la paga?
TÍO. — ¡Por la cumbre del Himalaya! ¡En qué cavilación le estás metiendo!
(Al criado.)
¡Atiza! ¡A exprimir la mollera, sabiondo!
TÍA. — Me sulfuras, Pío, y lo vas a sentir.
TÍO. — Siempre pasándote de lista.
TÍA. — Luego veremos quién de los dos es el ducho, y quién el lerdo. A contestarme en seguida, Mateo.
CRIADO. — Pues, mire usted, doña Anita, hasta el presente, no las ha pagado nadie, que un servidor lo sabría. Y en tanto no se paguen, están aquí nada más que en calidad de depósito, según mis entendederas.
TÍA. — Eres un tesoro, Mateo. Te estás ganando un regalo espléndido que pienso hacerte.
CRIADO. — Señorita Ani, me confunde usted.
TÍA. — Pero a contarme todo lo que aquí pasa.
CRIADO. — Es que no pasa nada de particular.
TÍO. — Sólo faltaría que pasara lo que que aquí no debe pasar.
TÍA. — Ernestina, por guapa y por joven es muy cortejada por las amistades de Enrique.
CRIADO. — Los galanes se portan bien, se lo juro. Todos muy finos y correctos.
TÍA. — Además, tenéis una doncella seductora en extremo, un primor de mujer, no me digas que no.
CRIADO. — Al contrario, digo que sí.
TÍO. — Soy de la misma opinión.
TÍA. — Pues, es un peligro la convivencia con muchacha de tanto atractivo; ¿te das cuenta ahora?
TÍO. — Sacas de quicio las cuestiones por leves que sean. A lo mejor es Mateo quien la enamora y no lo logra Enrique por más que lo intente.
CRIADO. — No anda equivocado, don Pío. Paqui me agrada y me corresponde.
TÍO. — ¿Ves tú?
TÍA. — Entonces, siendo así, te pasarás a nuestro servicio. No se debe tolerar tanto escándalo.

TÍO. — De ninguna manera lo consiento. La que debe pasar a nuestro servicio, es Paqui.

TÍA. — Eso quisieras tú, so bribón. Te guardarás de cortejarla.

TÍO. — Y tú, de mimar demasiado a Mateo.

(De foro izquierda viene el Señor.)

SEÑOR. — ¿Sois vosotros? Oía voces y no adivinaba de quiénes eran.

TÍO. — Os queríamos ver al salir, puesto que no podemos acompañaros.

SEÑOR. — Las invitaciones son rigurosamente personales, tío.

TÍA. — Es que somos lastre para vosotros, no digas.

SEÑOR. — Por Dios, tía, estás en un error.

TÍO. — Bueno, turante. ¿Dónde se cena hoy?

SEÑOR. — Donde encontremos buena comida.

TÍO. — Entonces os acompañamos. No faltaba más.

SEÑOR. — Puesto que os invitáis de manera tan expeditiva y resuelta... andad ,pues, a vestiros.

TÍA. — Y tú, ¿qué esperas?

SEÑOR. — Yo quedo listo en contados minutos.

TÍA. — ¿Y las joyas?

SEÑOR. — Las veréis luego, cuando las lleve puestas Ernestina.

(Mutis de los tíos por foro derecha. Sale la Doncella del dormitorio.)

DONCELLA. — La señorita ruega al señor que pase a vestirse.

SEÑOR. — Dile que hay tiempo todavía.

(Se oye el claxon de un coche que llega.)

Mira quién llega.

(La Doncella se asoma.)

DONCELLA. — Es su coche, señorito, el que ha parado.

SEÑOR. — Entonces, serán ellos.

DONCELLA. — Sí, señorito; ellos son.

(Señor les sale al encuentro.)

SEÑOR. — Hola, querido.

(Abrazando al Ladrón, que habrá entrado con el Intruso por foro derecha.)

LADRÓN. — Aquí me tienes y en traje de pelea.

(Muestra el "mono" debajo de la gabardina.)

SEÑOR. — Nunca podré pagarte esta prueba de amistad, acudiendo en mi auxilio en la forma que lo haces.

LADRÓN. — ¿Somos o no somos?

SEÑOR. — Pues claro que somos los amigos entrañables de siempre.

LADRÓN. — *(Presentando al Intruso.)* Uno de los míos.

SEÑOR. — Tanto gusto.

(Saludándose.)

INTRUSO. — Encantado, señor.

SEÑOR. — ¿La señorita? *(a Doncella.)*

DONCLLA. — Acabándose de arreglar.

SEÑOR. — Con el libro abierto encima del tocador, como si lo viera.

DONCELLA. — Exactísimo, señorito.

SEÑOR. — Devorando continuamente, sin parar, ni en el momento de vestirse, novelón tras novelón.

LADRÓN. — Vamos, una verdadera monomanía.

SEÑOR. — Tú lo has dicho. Lo que es hoy, le inundo la casa de libros.

(A Doncella.)

Vaya con el coche a recogerlos en mi despacho y vuelva pronto.

DONCELLA. — *(Al Señor.)* ¿Y si la señora me llama de nuevo?

SEÑOR. — Avisa al criado que te mando a un recado urgente y de que yo salgo ahora mismo para otro asunto urgente también.

DONCELLA. — Muy bien, señor.

(Mutis Doncella foro derecha.)

LADRÓN. — ¿Queda alguien más del servicio?

SEÓOR. — Mi criado, zorronglón, de muchas ínfulas, pero un verdadero pelmazo. Aunque a pesar de sus muchos defectos, sabe ser discreto cuando la ocasión le brinda serlo, en honor de la verdad sea dicho.

LADRÓN. — Quedo advertido. Y, ¿de vosotros?

SEÑOR. — Los dos portentos de la familia.

LADRÓN. — ¡Ah!, vamos... los eternos maduros que hallan su refugio en los parientes jóvenes.

SEÑOR. — Un tío, que realmente es un señor tío, solterón empedernido y casquivano. Es el más metido en casa, a pesar de que les tenemos puesto piso enfrente del nuestro, para que así la paz reine en el seno de la familia.

LADRÓN. — Manera discreta de hacer buenas migas con ellos.

SEÑOR. — La tía, es la romántica, la eterna insatisfecha, la que vive soñando.

LADRÓN. — Una alhaja, ni hablar.

(Al Intruso.)

Vosotros a cuidar del exterior, ¿estamos?

INTRUSO. — Estamos y estaremos, maestro. Hasta luego, señores.

(Mutis foro derecha.)

LADRÓN. — *(Consulta su reloj.)* Listos para el juego. Van a radiar de un momento a otro la primera de las dos notas que he enviado a la Emisora local.

SEÑOR. — Toma mi llavero. En este mueble están las joyas y el dinero. Debajo de este cuadrito, está la caja de caudales. La combinación corresponde a la palabra *ma-ña-na*. Allí *(señala dónde)* queda instalado el micrófono conectado con la biblioteca, desde donde escucharé todo cuanto se diga en este saloncito.

LADRÓN. — Corriente. Cada uno a su puesto.

(Señor, abre la radio, que deja oír música alegre. Luego hacen mutis los dos por corredor derecha. Aparece la Dama, vestida con traje de noche, pero sin joyas. Sale del domitorio leyendo, y va derecho al mueble en que guarda el joyerío y lo encuentra cerrado. Da muestras de contrariedad. Pulsa un timbre y aparece el Criado, foro izquierda.)

CRIADO. — Mande usted, señora.

DAMA. — ¿El señor?

CRIADO. — Salió a algo urgentísimo.

DAMA. — ¿Sin avisarme? Me extraña.

CRIADO. — Llevaría mucha prisa, señora. Iba todavía sin vestir, lo cual significa que volverá pronto.

DAMA. — No le excuses, porque voy a creer que eres su cómplice.

CRIADO. — Nada más lejos de la realidad, señora. Puede usted creerme.

DAMA. — Los hombres siempre estáis al quite para salvaros unos a otros.

CRIADO. — Jamás he cometido el feo de conspirar con mi señor en contra de mi señora.

DAMA. — Demasiadas protestas de honradez y de lealtad, y exceso de retórica en tus respuestas. Avisa a la camarera, que es quien debió acudir a mi llamada.

CRIADO. — Salió también.

DAMA. — ¿Cómo? ¿Sin pedirme permiso?

CRIADO. — Ignoro este detalle.

DAMA. — Muy bien. ¿Salió antes o después que el señor?

CRIADO. — Casi al mismo tiempo.

DAMA. — Muy edificante. Lo sospechaba. ¡La muy taimada!

CRIADO. — Es posible que el señor le haya encomendado algo urgente y del mayor compromiso.

DAMA. — Basta. Retírate. Te llamaré luego.

CRIADO. — Siempre a sus órdenes, señora.

(Mutis Criado foro izquierda. Cesa la la música y se oye la voz del Locutor. Dama, al propio tiempo que escucha, sigue leyendo.)

VOZ. — Atención: La Jefatura de Policía previene a quienes tengan guardadas en casa joyas o dinero, que no descuiden su vigilancia, puesto que actúa de nuevo un famoso ladrón, sin que hasta el presente haya podido lograrse descubrir quién es. Se agradecerá y se gratificará a quien aporte detalles del sujeto en cuestión. De un tiempo a esta parte se nota desmedida afición a la lectura de novelas policíacas y esa abundancia de literatura folletinesca en el mercado público coadyuva a formar el ambiente propicio para que florezca ese producto morboso típico, que es a la vez lacra social: el ladrón. Se ha rogado al gran actor Leonardo, cuya actuación en el Teatro Principal de nuestra ciudad constituye un ruidoso triunfo cada noche, que acceda a retirar del cartel la famosa obra «Un robo sensacional», adaptación escénica de la no menos famosa novela, cuya venta ha sido intervenida por la autoridad a fin de aminorar la excesiva lectura que alcanza, con evidente perjuicio de la moral colectiva.

(Dama cierra el aparato, a tiempo que suelta un sonora carcajada.)

DAMA. — Genialidades del autor. Eso sería meter lo absurdo en la vida real. Vamos que soltarse con el cuento de un ladrón, quien se cuela furtivamente en la alcoba de cierta dama encopetada con el firme propósito de robarle y acabar, loco perdido, enamorándose de la guapa casadita que había de ser su víctima... Suceso tan disparatado no se ha dado jamás en el historial de los robos famosos. Hay que leer las tonterías que se escriben para lograr destacarse. Lo que nos vamos a reír esta noche en la Embajada, comentando la novelita con las amistades.

(Saliendo de la alcoba, aparece el Ladrón, tocado con gorra de visera y con gafas oscuras, para no ser reconocido. Atraviesa la escena, se adentra en el corredor y vuelve en seguida con un llavero y un corta alambres en las manos. Corta el hilo telefónico y el del timbre. Dama no se da cuenta de él hasta que le oye hablar.)

LADRÓN. — ¡Sola! Informes exactos.

DAMA. — ¿Eh?... ¿Quién entró?

LADRÓN. — Requetebién. A sus pies, señora.

DAMA. — ¿Quién es usted y por dónde se ha filtrado?

LADRÓN. — Me filtro por cualquier grieta, pero no tiemble usted, guapísima, que a pesar de mi «filtrabilidad», no soy ningún fantasma.

DAMA. — ¡Socorro!... Aquí mi criado...

(Pulsa el timbre, pero ya no suena.)

LADRÓN. — Es inútil llamar. Tuve la pre-

caución de cortarlo a tiempo. Debe comprender que uno no es tonto.

(Se quita las gafas y la gorra.)

DAMA. — ¡Uf!... Qué feo es usted.

LADRÓN. — Muchísimo. Es el secreto de mis éxitos entre las damas.

DAMA. — Me causa espanto. Pasma su atrevimiento de meterse en el dormitorio de una dama desconocida.

LADRÓN. — En efecto, así es. Y sabe el diablo con qué maligno propósito estoy aquí.

DAMA. — ¡Dios santo! ¡Un ladrón!...

LADRÓN. — Precisamente ladrón, no, señora. Nada quiero por maneras violentas. De forma que le pido a usted, hermosísima dama, me regale de buena gana cuanto tenga guardado en su cajita de caudales.

DAMA. — Le advierto que no estoy sola en casa.

LADRÓN. — Sé que han salido su marido, su camarera, el chófer, otro que no sé quién es, ni me importa...

DAMA. — Queda alguien que no ha salido y puede defenderme.

LADRÓN. — Truquitos a mí, no, señora.

DAMA. — Me temo que su información no ha sido tan exacta como usted la quería.

LADRÓN. — Exacta o no, aquí deben estar en su poder unos miles de pesetillas que su esposo cobró en billetes ayer tarde y que todavía no ha ingresado en el banco.

DAMA. — *(Aterrada.)* ¿Lo sabe usted?

LADRÓN. — Y en su poder aquí están guardadas también, las espléndidas joyas que debe lucir esta noche y que me extraña no lleve ya puestas, realzando su impresionante belleza.

DAMA. — ¿Cuándo se ha visto, antes de ahora asaltar la casa de una presentándose con los finos modales del visitante o amigo esperado?

LADRÓN. — La humanidad progresa de manera insospechada, querida.

DAMA. — Tal vez demasiado.

LADRÓN. — *(Resuelto y de un modo brutal.)* Entonces, a lo nuestro. Entréguenme el dinero y las joyas.

DAMA. — Pero si no son mías aún. Y no sería correcto darte lo que todavía no es mío.

LADRÓN. — Van a serlo porque si vienen por el cobro, a punto tenéis la cantidad para pagarlas. Claro que no contabais con mi visita antes de salir para el concierto y baile de cierta Embajada, fiesta a la que estáis invitados y tenéis el compromiso de asistir.

DAMA. — Demasiado bien informado. Estoy perdida. ¿Quién pudo decirte cuánto sabes?

LADRÓN. — Desde luego, uno que estaba enterado.

DAMA. — Dime: ¿qué necesitas?

LADRÓN. — Todo lo que tengas, y muchísimo más.

DAMA. — Acabemos. Toma unas pesetas y largo de aquí.

(Abre el monedero para dárselas, pero Ladrón no acepta.)

LADRÓN. — Conocido recurso, éste, de querer deshacerse de una visita inoportuna mediante unos billetes. Desde luego, insuficiente en mi caso.

DAMA. — ¡Dios mío! ¡Cuánta ambición! ¡Qué clase de hombres pueblan el mundo!

LADRÓN. — ¡Qué preciosa voz sale de tu garganta! ¡Qué maravilla de mujer contemplan mis ojos!

DAMA. — ¡Huy! ¡Cómo sabe el galán de requiebros!

LADRÓN. — Pero esto no es un galanteo, ¿estamos?.

DAMA. — Claro que no.

LADRÓN. — Entonces, si ya venimos a la realidad...

DAMA. — No puedo darte lo que no está en mis manos concederte.

LADRÓN. — Si tratas de ganar tiempo, puedo abreviar que es un contento.

(Indicando violencia.)

DAMA. — Bien: puesto que has llegado a mi habitación enterado de cuanto hay en ella...

(No decidiéndose aún.)

LADRÓN. — ¿Tal vez quieres obligarme a cometer un saqueo en regla?

DAMA. — Será mejor. Puesto que robar es tu oficio, roba ya a tus anchas.

LADRÓN. — Es lamentable tu resistencia, querida. ¿Por qué no extremas tu gentileza hasta el punto de llenarme con tus dádivas cual si se tratara de pagar caricias de un amante apasionado al que se corresponde con fervor?

DAMA. — Me siento turbada. Me falta el aire.

(Intenta abrir la ventana.)

Jamás pude soñar un episodio tan extraño dentro de una vida tan llana y tranquila como la mía. Y me burlaba del autor juzgando absurdo su relato.

(Por el libro que leía y que deja sobre una silla.)

LADRÓN. — No me opongo a que abras el ventanal, pero atente a las consecuencias.

(Saca a relucir una hermosa pistola, que deja encima de la novela de la Dama.)

DAMA. — Con que, ¿no hay más remedio que acceder?

LADRÓN. — Tú verás lo que conviene a tus propios intereses.

DAMA. — Está bien. Allá van de una vez, mis joyas y nuestro dinero. Pero, ¡qué contrariedad! Ahora recuerdo que al salir mi marido olvidó darme la llave, motivo por el cual no he podido ponerme las joyas.

LADRÓN. — Ello no será obstáculo. Verás mi escuela.

(Inspecciona la sala, fingiendo querer adivinar dónde está la caja. Ella, con su cuerpo, cubre cuanto puede la mesita del centro. Ladrón se acerca al bargueño, abre sus gavetas, en las que nada encuentra. Tienta el espejo grande de encima el mueble y, comprobado su peso excesivo, hace con la cabeza un signo negativo.)

¡Menudo chasco me llevo! Demasiado pesado para manipularlo una dama. Ni tu marido tampoco podría con el trasto.

DAMA. — *(Con el índice derecho le señala que levante un cuadrito situado en lugar adecuado.)* Ahí está lo que buscas. Demuestra tu habilidad en abrirla.

(Ladrón levanta el cuadro indicado y aparece empotrada en la pared una cajita de caudales.)

LADRÓN. — ¿Nombre de la combinación?

DAMA. — No te lo digo. Hay que adivinarla. Es el mínimo esfuerzo que puede exigirse a todo un señor ladrón en uno de sus emocionantes trabajos.

LADRÓN. — Muy bien hablado, querida. Lo adivinaré.

(Manipula los botones de la caja, se concentra y escucha la caída de los pasos de rosca.)

Por todos los demonios del Averno, si los hay, yo creo que la abro.

(Prueba con una llavecita.)

Vaya si la abriré. ¡Ya está!

(La abre, lleno de orgullo y satisfacción.)

¿Qué? ¿Creías que no iba a poder? No soy ningún bisoño. Veterano y de los aprovechados.

DAMA. — Sin comentarios, granuja de estirpe. Roba cuanto te plazca, que bien afiladas tienes las uñas, y vete.

LADRÓN. — *(Por la caja, que está vacía.)* Otro chasco. ¡Nada! ¡Vaya guasita!

DAMA. — *(Aparentando extrañeza.)* ¿Cómo? ¿No están? ¡Robadas!...

LADRÓN.—*(Apartándola de la mesita.)* ¡Si seré majadero! Ya está bien para uno de mi rango dejarse engañar por esta preciosidad.

(Con una llave abre el secreto de la mesita, sacando del mismo un maletín que contiene fajos de billetes y estuches de joyas. Comprobado su contenido, lo cierra y exclama:)

Muchas gracias, amiga mía. Quedo agradecidísimo.

DAMA. — *(Aprovecha este momento para apoderarse de la pistola, apuntándola rápida contra el Ladrón.)* Fíjate que eres mi prisionero, antipático ladronzuelo.

LADRÓN. — ¡Qué más quisiera yo! Puedes creer que estoy deseando serlo, con el alma temblando de pasión.

DAMA. — ¡Desvergonzado! Me las vas a pagar.

(Intenta disparar.)

LADRÓN. — Pero, querida, si no estoy presentable. Perdona. Voy por un vestido decente.

(Medio mutis hacia la alcoba, llevándose el maletín.)

DAMA. — *(Dándose cuenta de que la pistola está descargada.)* Me has tomado el pelo, querido. Bien que lo cortés no quite lo valiente. Pero...

LADRÓN. — Dime de que blasonas, y te diré de lo que careces, coqueta.

(Tira la pistola, a tiempo que va al teléfono, lo manipula, pero se da cuenta que no funciona.)

DAMA. — ¡Qué listo y qué audaz eres!

LADRÓN. — Precavido, nada más.

(Mutis, entrando en el dormitorio de la dama. Vienen Tío y Tíaa, vestidos con traje de noche, foro derecha.)

TÍA. — Hola, Ernestina.

TÍO. — Por fin te vemos.

TÍA. — Aquí nos tienes, dispuestos a acompañaros.

DAMA. — ¡Cómo! ¿Venís también?

TÍO. — Así lo hemos convenido con tu marido.

TÍO. — Bueno, sobrina, debo recriminarte este desconcierto. Libros por todas partes, muebles mal colocados... cuadros al desgaire... ¡Un verdadero desatino, hija!

TÍA. — Pero ella, a pesar de su manera desconcertante de vivir, encontró marido, que tú y yo, con toda la sesudez, ponderación y ordenanza de que nos vanagloriamos, nos hemos quedado para vestir santos.

TÍO. — Por Dios, hermana. Mejor que ahora no estaremos nunca.

TÍA. — ¿Todavía no llevas las joyas puestas?

DAMA. — Enrique, distraído, se llevó las llaves, y hasta que vuelva...

TÍO. — Vaya ocurrencia, irse a la hora precisa de acompañarte.
TÍA. — No se lo debías consentir.
TÍO. — Tú no vas a salir sola.
TÍA. — Ni pensarlo. De ninguna manera.
TÍO. — Debemos extremar la vigilancia a tu alrededor, linda y guapísima sobrina, por lo que pudiera tronar. Sobre todo en estos calamitosos tiempos en que cada hombre se cree un sultán.
TÍA. — Que no se duda de tu virtud, hija mía.
TÍO. — De ningún modo, pero se duda de la honradez de los demás.
DAMA. — Se os agradece el interés, pero me basto y me sobro para hacerme respetar de quien sea.
(Entra Señor, foro izquierda.)
DAMA. — Enrique, por Dios, dejarme sola en estos momentos...
SEÑOR. — Y los tíos, ¿que no son nadie? Por cierto que están llamando a vuestro piso.
TÍO. — ¿Quién? ¿Ya estas horas?
SEÑOR. — No sé. La portera os dirá de que se trata.
TÍA. — Vamos allá, Pío. Me da unos brincos el corazón. Presagio algo terrible. Ya oíste el aviso de la Radio.
TÍO. — Tus nervios, Ani, tus nervios, que me ponen nervioso también a mí.
(Mutis los dos, foro derecha.)
DAMA. — Nos han robado, Enrique.
SEÑOR. — No es posible.
DAMA. — En mi alcoba está el ladrón.
SEÑOR. — Voy a ver.
(Entra en la alcoba y vuelve a salir.)
No hay nadie.
DAMA. — ¡Escapó ya! ¡Qué fatalidad!
SEÑOR. — Explica cómo fué. Te espantarías mucho, ¿verdad que sí, encanto?
DAMA. — Por desgracia, el ladrón, un ladrón de novela, no creas, simpatiquísimo en extremo, tuvo la gracia de adivinar el mueble dónde guardábamos el maletín en el que pusimos los estuches y el dinero para pagar la cuenta. Mira, vacío.
(Se lo muestra abierto.)
SEÑOR. — ¿Estás segura?
DAMA. — Segurísima. Figúrate que lo abrió delante de mí para cerciorarse del contenido.
SEÑOR. — Andaba en la creencia de que lo habíamos encerrado en la cajita de caudales.
DAMA. — La abrió también. Tiene una habilidad que asombra.
SEÑOR. — ¡Caramba! Me comprometí a pagar al joyero esta tarde sin falta y, lo que son las cosas, olvidé hacerlo como era mi deber, y, ahora, además de quedar mal, quedo sin el importe.
DAMA. — ¡Y lo dices tan tranquilo!...
SEÑOR. — ¿Qué voy ganando con desesperarme? ¿Van a devolverme lo robado?
DAMA. — Debes moverte, avisar a la policía, hacer algo para encontrar al ladrón, evitando el escándalo, eso sí.
SEÑOR. — Total: seis cientas mil pesetas. Trescientas mil de las joyas, más las otras trescientas mil en dinero contante y sonante para el pago.
DAMA. — Me volveré loca. Me va a dar un ataque. Tienes que obrar rápido. En las novelas, los detectives acaban siempre descubriendo al autor del robo y recuperan el dinero y las joyas hurtadas.
SEÑOR. — Puedes tú misma encargar el asunto a alguno de tus policías favoritos.
DAMA. — No te burles, Enrique, por favor.
SEÑOR. — Además, que si el atracador te fué tan simpático, no vas a tener coraje para entregarlo a la justicia.
DAMA. — Me molestan tus ironías. Se nos aguó la fiesta. Sin las joyas puestas, no me presento al baile.
SEÑOR. — Tan rápido no creo pueda recuperarse lo que en tan mala hora se nos robó.
DAMA. — La culpa es tuya. No haberme dejado sola. El ladrón estaba enterado de tu salida, de los que fueron a encargos, de quienes quedamos en casa; en fin, de cuantos pormenores le interesaban y que le permitieron a él actuar a sus anchas y con éxito completo.
TÍA. — *(Apareciendo.)* Tenías razón, Enrique, llamaban a nuestro piso. Figúrate que un desconocido nos previene que, esta noche, aprovechando nuestra ausencia, van a desvalijarnos el piso.
DAMA. — ¡Qué atrevimiento! Peor que en Chicago.
SEÑOR. — A lo mejor no pasa nada.
TÍA. — ¿Tú crees?
SEÑOR. — Lo que se anuncia, raras veces acontece. Mira como a nosotros, sin anunciarlo, nos han liquidado. La sorpresa hay que temer.
DAMA. — Nos han robado, tía Ani. Ha sido horroroso.
TÍA. — Por confiada, te lo mereces.
DAMA. — No me reproches, tía, me pareció sueño, más que realidad.
SEÑOR. — Un capítulo de novela, querrás decir.
TÍA. — ¿Quién pudo ser el atrevido?
DAMA. — Fué un hombre bien, culto, fino, maravilloso. Verdadero artista en su oficio.

(Mutis disimulado del Señor.)

TÍA. — Cuánto me habría gustado encontrarme a tu lado. En la vida, un episodio de esta naturaleza da mucho tono, tú no sabes. Vamos, que ser víctima de un randa famoso, es para enloquecer de vanidad.

DAMA. — Pero, Enrique... ¿Se marchó otra vez?

TÍA. — Claro, habrá ido a denunciar el hecho al juzgado, como corresponde.

DAMA. — Voy a ver.

TÍA. — Te acompaño. No debes ir sola. Puede darte un ataque de nervios.

(Mutis de los dos, foro izquierda. De la alcoba sale el Ladrón, vestido elegantemente con traje de calle, llevando el maletín de marras. Al intentar marcharse, le tropieza el Criado.)

CRIADO. — ¿Por dónde entró usted?

LADRÓN. — Por la puerta, creo yo.

CRIADO. — Usted disculpe, pero el caso es que yo no he oído llamar y, por lo tanto, ni le he abierto, ni le he visto entrar.

LADRÓN. — Tampoco ves el aire, y lo respiras.

CRIADO. — No puedo comprender cómo ha podido colarse, usted, aquí.

LADRÓN. — Eres un águila. Avisa, que tengo el tiempo medido.

CRIADO. — *(Va al foro, y llama.)* ¡Tía Ani!...

TÍA. — *(Saliendo.)* ¿Me llamabas, Mateo?

CRIADO. — *(Al oído.)* Di con el salteador.

TÍA. — Eres de lo más listo que he conocido. Vas a salir detective de cartel. Avisa a la señorita, que yo me las entenderé con el bandolero mientras tanto.

(Mutis Criado foro izquierda. Tía, mira de pies a cabeza al Ladrón.)

Estupendo, señor. Con que ¿es usted el ratero que se ha burlado de mi sobrina?

LADRÓN. — ¿Dice usted?...

TÍA. — Ernestina tiene razón que le sobra: fascinador. Una se embelesa contemplándole tan garboso, tan apuesto y jovial.

LADRÓN. — ¿Es de la familia, usted?

TÍA. — Soy la tía de mi sobrina.

LADRÓN. — Celebro conocerla y la felicito, porque si la sobrina deslumbra, la señora Tía extasía, tanta es la simpatía que irradia su persona, señorita Ani.

TÍA. — ¡Qué fino! Colmaría mi dicha, si se dignara robarme también a mí.

LADRÓN. — No la comprendo a usted, señora.

TÍA. — Qué bien sabe disimular su calaña, tunante. Le juro a usted, señor Ladrón, que me robará impunemente. No sabría denunciar un portento de ratero como es usted. Le idolatro ya, que le conste, simpático.

LADRÓN. — ¿Está en sus cabales, señora Tía? Las lecturas de su sobrina, que luego traspasa a usted, la han contagiado, según yo entiendo.

TÍA. — Pero, ¿no es atracador, usted? ¡Qué desilusión!

(Vienen Dama y Criado, foro izqu.)

Ernestina, sobrina. ¿Quién es este señor?

DAMA. — *(Turbada.)* El médico. Le he llamado.

LADRÓN. — A sus órdenes, graciosa dama.

TÍA. — Vaya plancha que me tiro. Claro que, con el susto que te has llevado, hiciste bien en llamarle.

CRIADO. — *(Que no vuelve de su asombro.)* ¿Está segura, señorita? Servidor no le llamé, ni le abrí.

DAMA. — Fuí yo quien avisé, y sería mi Enrique quien le abrió.

LADRÓN. — Exacto, señora.

DAMA. — Retírate, Mateo.

(Mutis criado, foro izquierda.)

TÍO. — *(Entrando, foro drecha.)* Una bobada, Ani. No era para nosotros el aviso. Quieren gastarle una broma al vecino de arriba. Total: nada. Nos perdimos la gran emoción del atraco.

TÍA. — Ya la ha tenido Ernestina por nosotros.

TÍO. — ¿Te robaron? Bueno: ¿dónde está el que incó la uña en lo tuyo? Ni imaginarlo de lo que soy capaz contra el pajarraco de marras. ¿Te pillaron mucho?

TÍA. — Una fortuna. Las joyas y el importe íntegro para pagarlas.

TÍO. — Eso no queda así. Aquí está tu tío para esclarecer el enigma. ¡Ay del pícaro que se burló de ti! Caro lo va a pagar. Descuida, Ernestina, que Pío dará con él.

DAMA. — Me aturdes con tanta palabrería. Mucha calma, tío. Enrique habrá hecho la denuncia correspondiente y la policía debe actuar ya.

LADRÓN. — *(Al Tío.)* Me gusta verle a usted tal decidido y enérgico. En el supuesto de que fuera yo el ladrón, ¿qué haría usted?

TÍO. — Prenderle.

TÍA. — Claro está.

TÍO. — Y en seguida. Sólo faltaría que nos viéramos obligados a darle las gracias.

LADRÓN. — No creo que se atrevieran ustedes.

DAMA. — Pero esto es disparatado. ¿A santo de qué esta suposición gratuita? Lo tolero como genialidad. En otro sentido no.

LADRÓN. — Si le pido la cartera, ¿me la niega usted?

TÍO. — Al contrario. Se la doy sin más cumplido.

TÍA. — Si la pide con tanta zalamería, cualquiera resiste.

TÍO. — Es usted el prototipo del hombre correcto y educado.

TÍA. — Usted no puede ser más que lo que es: un caballero.

LADRÓN. — Muchas gracias, amigos.

(Entra Criado.)

CRIADO. — Señorita, debo advertirla que la Biblioteca está cerrada y se oye trasteo dentro. Señal evidente de que alguien se oculta allí y que no debe ser ningún fantasma, según yo colijo.

TÍA. — Eres maravilloso, Mateo.

DAMA. — ¿Cómo abrir? Porque no vamos a derribar la puerta a porrazos, emulando las películas.

CRIADO. — Oh, descuide, señorita, que abriremos. Para estos casos está la habilidad y el ingenio de uno.

TÍO. — Te desconozco, Mateo.

DAMA. — Dejarle. Tal vez acierte y dé con el caco.

CRIADO. — Muchas gracias, señorita. Ahora bien: debe autorizarme para poder emplear los medios que juzgue convenientes.

DAMA. — Mientras respondas del éxito...

TÍA. — ¿Puedes dudarlo? Todavía no estás percatada de quién es tu excelente criado?

TÍO. — Me huelo un planchón tamaño catedral.

TÍA. — Ya opinó el fantoche.

LADRÓN. — Estoy en lo mismo que el señor.

DAMA. — Entonces, vamos todos.

CRIADO. — Si me permiten, voy delante.

TÍO. — Te corresponde ocupar el lugar de mayor peligro.

TÍA. — *(A Tío.)* Sí, señor papanatas. Así es siempre: en cabeza van los valientes.

TÍO. — *(A Criado.)* Si oyes silbar alguna bala, tú, como valiente, la recoges primero. Luego ya te auxiliaremos.

TÍA. — Eres un pelmazo.

(Mutis Tío y Criado foro izquierda.)

DAMA. — Nosotras dos, juntitas detrás de los héroes. Siento una emoción grandísima.

TÍA. — Vamos a echar el guante a uno de esos terribles malhechores. Y este singular episodio, no lo cambio por el gordo de Navidad.

DAMA. — No sé, no sé, a quien vamos a encontrar encerrado en la biblioteca...

(Al Ladrón.)

¿Qué le parece a usted?

LADRÓN. — *(Encogiéndose de hombros.)* Tal vez a nadie. ¡Vaya usted a saber!

(Mutis de Dama y Tía foro izquierda. Ladrón, dirigiéndose al micrófono.)

Atención, Enrique, que vamos por ti.

(Se queda en la puerta. Aparece el Señor, saliendo del dormitorio de la Dama.)

Te buscan allá

(Señalando dónde.)

SEÑOR. — Y estoy aquí.

LADRÓN. — Y si no le buscan a uno donde está...

SEÑOR. — No le encuentran ni con la linterno de Diógenes.

(Los dos sueltan unas discretas carcajadas.)

SEÑOR. — *(Dándose una palmadita en la frente.)* ¡Cáspita! Olvidé al joyero Gayoba. Contraje el compromiso de pagarle esta tarde.

LADRÓN. — Esperará; no lo dudes.

SEÑOR. — Con lo desconfiado que es, temo se nos presente en cualquier momento, reclamando el cobro.

LADRÓN. — ¡Magnífico! ¡Ojalá sea como supones. Ni ensayado resultaría mejor.

SEÑOR. — ¿Por qué?

LADRÓN. — Porque le robaríamos también. ¡Vaya que sí! Y robar a un joyero famoso, sería, de verdad, un robo sensacional.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

(La misma decoración del primer acto. En escena el Criado visiblemente descompuesto.)

CRIADO. — ¡Parece increíble! ¡No encontrar a nadie dentro de la Biblioteca, a pesar del ruido delator!

TÍA. — *(Viene de foro izquierda.)* Te veo y no lo creo. Te has desmoralizado de tal manera, que te desconozco, Mateo.

CRIADO. — Guasa, no, señora Tía.

TÍA. — ¿Cómo? Qué va a ser guasa ni coba, si eres el único que estás en lo cierto y darás en el clavo; ¡vaya que sí!

CRIADO. — Por de pronto cargo con el ridículo más espantoso.

TÍA. — Pues yo espero que tendrás éxito en el descubrimiento de este misterio.

CRIADO. — Si fracaso, no es por falta de empeño en el asunto. Es el de marras que se escabulle listísimo sin dar ocasión a que sus perseguidores le echen mano.

TÍA. — Consuélate, Mateo, porque yo tengo fe en ti. Anímate, pues

CRIADO. — ¡Qué diablos! Seguiré adelante y triunfaré.

TÍA. — De rechupete. Estoy loca de contento con tu anhelada victoria. Te llevarás de calle a toda la concurrencia. Lo estoy disfrutando por anticipado.

(De su bolso saca un reloj pulsera y lo pone en la muñeca izquierda de Mateo.)

Te prometí un regalo, y aquí lo tienes.

CRIADO. — ¡Demasiado! ¡Excesivo! ¡Inmerecido!

TÍA. — ¿Te gusta?

CRIADO. — ¡Un horror!

(Admirando la pulsera.)

Pero, ¿qué has hecho, Ani queridísima?

TÍA. — ¡Gracias a Dios! ¡Por fin llegó tu ansiada declaración!

CRIADO. — Perdone usted. Se me escapó sin darme cuenta. Estoy confundido.

TÍA. — No admito ni tolero que rectifiques. Para ti soy y debo ser únicamente Ani, nada más que Ani. La señorita y la tía quedan aparte, desaparecidas del tratamiento.

CRIADO. — Por cada Pierrot, corresponde una Colombina.

TÍA. — Maravillosa la frase. Eres ingenioso.

CRIADO. — Ello no obstante, debo renunciar, por imposible, a la altísima mano de tía Ani.

TÍA. — ¡Qué tontería estás diciendo! ¿Tan marchita y grandullona me crees, que ya no valgo ni un piropo tuyo?

CRIADO. — Si no hay quien resista tu arrolladora simpatía.

TÍA. — Entonces, si te parezco bien, ¿a qué vacilar?

CRIADO. — De veras estás encantadora. ¡Si no fuera la edad!

TÍA. — No es tanta. Además, cuando de verdadero amor se trata, no cuentan unos años en más o en menos

CRIADO. — Hay que tener en cuenta que soy un simple criado.

TÍA. — Dejarás de serlo hoy mismo.

CRIADO. — Es mi problema.

TÍA. — Te despides y en paz. Tienes mi apoyo.

CRIADO. — Montar una oficina de investigación privada — mi gran ilusión — no está a mi alcance.

TÍA. — ¿Cuánto hace falta?

CRIADO. — No sé, pero costará un pico grande.

TÍA. — Las cosas dichas y hechas. Mañana mismo, sin más tardar, tomas un despacho, bien situado y espléndido, lo mueblas a tu gusto, y ya eres don Mateo Quintana Javaloy.

CRIADO. — Primate del gremio, ¿cómo no?

TÍA. — ¡Hala!, a trabajar y a conseguir fortuna. Ya ves tú si le es fácil a un hombre cambiar de posición social.

CRIADO. — En la era atómica debe suceder así: hoy criado, detective al día siguiente, rico y famoso en un futuro inmediato...

TÍA. — Compartiendo conmigo, tu adorada esposa, la paternidad de dos angelitos rubios, delicia de nuestro hogar.

CRIADO. — ¡Cáspita! Al retorterò con la crianza de la prole.

TÍA. — Querido Mateo, que yo te hablé de una parejita, no de una caterva de hijos.

CRIADO. — Porque, como están los tiempos...

TÍA. — Las papillas querrás decir. ¡Por las nubes! ¡Vaya por nuestros hijitos: Carlitos y Carmencita! Monísimos.

CRIADO. — ¡Ah, no! Onomásticos tan vulgares, no. Se llamarán Aurelio y Diana, nombres apropiados para la celebridad.

TÍA. — De ninguna manera lo consentiré. ¡Aurelio y Diana! A lo sumo idóneos para el cine o la novela.

CRIADO. — Transijo en que al primero se le imponga el nombre a tu gusto. Pero al segundo...

TÍA. — Será niña. Te llevarás el gran chasco.

CRIADO. — Bien. Sea niño o niña, seré yo quien elija su Santo patrón.

TÍA. — No, y no. Los dos primeros me corresponde escogerlos a mí. Para los sucesivos, te reconozco el derecho de opción en el santoral cristiano.

CRIADO. — *(Llevándose las manos a la cabeza.)* ¡Jesús! ¡Cuánta prole! No hay matrimonio.

TÍA. — Lo habrá. ¡Sólo faltaría que desistieras de lo pactado!

TÍO. — *(Viene de 2.º izquerda.)* Dejad que a su tiempo resuelvan tamaña cuestión los padrinos, si los hay.

TÍA. — ¡El de siempre! Entrometiéndose en todo lo mío sin ningún derecho.

TÍO. — Nada, hermanita. Me brindo, si aceptáis, para el padrinazgo de vuestra boda.

TÍA. — Mal agüero el tuyo. La envidia te come.

TÍO. — Estás equivocada y te lo voy a demostrar. ¿Dónde está Paqui?

DONCELLA. — *(Entra por foro derecha.)* Aquí estoy.

TÍO. — Me escama tanta puntualidad.

DONCELLA. — Soy así. Me llaman y aparezco al instante.

(Da al Criado una voluminosa cartera de negocios.)

Pásala al Señor. Se la dejó en el Bar contiguo al despacho, quienes al vernos parados en la puerta nos la devolvieron para que a toda prisa llegara a manos del Señor, pues contiene documentos importantes, cables para descifiar, cheques y correspondencia aérea.

(Los Tíos quedan admirados del detalle minucioso que da Paqui.)

TÍO. — ¿Eres la Doncella de la casa, o la secretaria del Señor?

DONCELLA. — Supongo que contiño siendo la Doncella

TÍA. — ¿Cómo sabes con tanto detalle lo que la cartera contiene?

DONCELLA. — Lo intuyo. ¿Qué otra cosa puede contener la cartera de un comerciante, mas que cheques, cartas, documentos y telegramas?

TÍA. — No te sabía tan ilustrada.

TÍO. — Yo sí. Le concedo tanta categoría intelectual. como tú a Mateo. Y es criada también.

TÍA. — Sabed que Mateo hoy mismo deja de ser criado.

TÍO. — ¡Ah,sí! La gran noticia, Paqui. Le emancipan y se casa con la protectora.

TÍA. — Celos, nada más que celos.

CRIADO. — Hasta dejar lista la captura del tunante que a escondidas se pasea por esta casa, no puedo despedirme

TÍA. — Tienes razón. ¡Una contrariedad!

TÍO. — Mal empezaría tu carrera policíaca con semejante fracaso.

DONCELLA. — *(A Criado.)* ¿Te has vendido? ¿Por cuánto?

(Encarándose a los Tíos.)

Sepamos el precio de esta tropelía que se está cometiendo conmigo.

TÍO. — No te pongas tonta, Paqui.

CRIADO. — Me asombra y me molesta que falle tu intuición en esta coyuntura.

TÍA. — Eres una criatura endiablada y ridícula. ¡Una pazguata!

DONCELLA. — *(Hecha un brazo de mar, saca una carta.)* Ahí va el detalle.

(Leyendo.)

«Paquita de mi corazón. Célica y pinturera doncella. Preciosidad deslumbrante. A la primera oportunidad te besuqueo y acabamos en la vicaría. Total, un matrimonio en perspectiva, pasando por encima de las conveniencias sociales como corresponde a dos seres que se aman. Espero tu sí, prenda y vía mía. Tuyo hasta la muerte, Pío.» Inocente, ¿verdad?

TÍA. — ¡¡¡Oh!!!

CRIADO. — ¡¡¡Ah!!!

TÍO. — Para que *uno* se fíe de *una*. Esta ladina, toma el pelo al lucero del alba.

DONCELLA. — Contestación mía: un *no* pelado y rotundo. La juventud y la vejez se repelen, ¿estamos?

TÍO. — De los desagradecidos, están llenos los infiernos.

DONCELLA. — El Limbo le sea leve.

TÍO. — Te has perdido la bienaventuranza de tu paso por la vida.

(Mutis foro izquierda.)

DONCELLA. — Pero salvaguardo mi edad florida. Salgo ganando. ¡Juventud, divino tesoro!

TÍA. — ¡Qué descaradita vas resultando, hija de Eva! No te aguanto ni un minuto más. Vamos, Mateo, a tratar de nuestro asunto.

DONCELLA. — Y el de nosotros dos, ¿cuándo lo tratamos, querido?

(Mateo, sin dejar la cartera, abraza y besa a Paqui.)

TÍA. — *(Que no vuelve de su asombro.)* ¿Esas tenemos?

CRIADO. — Sigo de Criado.

DONCELLA. — Somos novios. Respete nuestro amor, Tía Ani.

TÍA. — ¡Ay! ¡Por San Antonio de la Florida! ¡Qué románticos se han puesto los chicos!

(Mutis foro izquierda.)

CRIADO. — *(Por la cartera.)* ¿Se la llevo o no?

DONCELLA. — Claro que sí. Don Enrique la necesita.

CRIADO. — Mejor será dejarla aquí y vigilarla.

(La deja en sitio no muy visible.)

DONCELLA. — Déjate de tonterías. Estás haciendo el bolonio.

CRIADO. — Tú estás en Belén, Paqui. Hay lío y grande. Te lo aseguro. Voy a contarte mientras te acompaño a la puerta.

DONCELLA. — Sí, que debo ir por los librotes.

(Mutis los dos por foro derecha. Aparecen, por foro izquierda, Dama y Ladrón. Este continúa llevando el maletín.)

LADRÓN. — Ha resultado un pitorreo, según suponíamos nosotros.

DAMA. — Tía Ani ha quedado consternada ante el fracaso de Mateo.

LADRÓN. — Por descontado que el bromazo ha resultado de órdago.

DAMA. — A pesar de todo, sigo opinando que había alguien encerrado en la biblioteca.

LADRÓN. — El ladrón no sería, creo yo.

DAMA. — Desde luego que no. Lo malo del caso es que el Criado...

LADRÓN. — ¡No se marchó poco escurrido el chico!

DAMA. — Irritado por el fracaso del suceso, se ha plantado en la puerta como perro guardián, terco que terco en que ha de caer en sus manos alguien que entró y que no ha salido.

LADRÓN. — No te preocupes, mujer, que mis recursos tengo para salir del apuro.

DAMA. — No tendrás más remedio que saltar por el balcón. Y cuanto antes mejor.

LADRÓN. — Por la puerta entré y por ella salgo.

DAMA. — Debí delatarte en el primer momento y ya estaría libre de tu pesadilla.

LADRÓN. — ¿Qué ganarías con hundirme? Piensa en la novela y sigue su aventura. Mejor que todo acabe bien.

DAMA. — Me tienes sugestionada y no adivino el por qué. Tal vez por el irrestible atractivo que tiene la perversidad.

LADRÓN. — Es porque ya somos iguales.

(Acariciando el maletín.)

Con dinero y vestido de gran señor, ¿querrás creer que me siento otro, preciosa?

DAMA. — Date prisa en marcharte. No seas insensato.

LADRÓN. — Un único tesoro es el que ambiciono ahora.

DAMA. — ¿Cuál?

LADRÓN. — Tú. Antes te lo dije.

DAMA. — ¿Te parece poca ambición?

LADRÓN. — Ni poca ni mucha. ¿Me crees sincero si te confieso que me has enamorado de verdad?

DAMA. — De veras resulta un desatino nuestro diálogo de ahora.

LADRÓN. — Esta tarde busco el peligro por deporte, al propio tiempo que me entrego al juego del amor con la más grande ilusión de mi vida. No sabría explicarte los motivos.

DAMA. — ¿No adviertes que estoy aguantando tu coba, para dar tiempo a que la Policía eche su mano sobre ti?

LADRÓN. — Lo advertí. No creas que no. Pero no acorto estos instantes preciosos de mi coloquio contigo por nada del mundo.

DAMA. — *(Cada vez más intrigada.)* Dime quién eres. A lo menos que sepa tu nombre.

LADRÓN. — Para un hombre de mi clase, resulta más difícil revelar *su secreto* que violar una honra o una caja fuerte.

DAMA. — Date cuenta que podría redimirte.

LADRÓN. — Huelga tu propósito, pues no acepto otro género de vida que el escogido ya.

CRIADO. — *(Dentro.)* ¿Se puede, señorita?

DAMA. — Aguarda.

(Alarmada, a Ladrón.)

Aquí está mi criado, con la policía tal vez. ¿Comprendes el peligro que corres?

LADRÓN. — Puedes obrar en consecuencia. Tú misma.

DAMA. — ¿Quién está?

CRIADO. — *(Dentro.)* El señor joyero, señorita.

DAMA. — ¿Imaginas el compromiso que puede acarrearme cualquier indiscreción tuya?

LADRÓN. — No sé darle la importancia que tu sensibilidad le concede.

DAMA. — Si me allano a tu voluntad, si me dejo robar por ti, a la fuerza, claro está, no te permito que destruyas mi reputación. Antes que esto suceda por tu culpa, soy capaz de matarte.

LADRÓN. — Cálmate, que por ladrón, no dejo de ser caballero.

DAMA. — Pronto, escóndete en mi alcoba. Terminaré en seguida con el visitante. Espero que si el caso se presenta, sabrás comportarte a la altura de las circunstancias. Te advierto que me interesa tener en mis manos el recibo de las joyas que con toda seguridad le habré de pagar. Después, si puedes, que si podrás, recobra de nuevo el dinero, que ya es tuyo, exclusivamente tuyo, puesto que lo tomaste por cuenta y riesgo propio.

LADRÓN. — Trato hecho.

(Deja el maletín encima de la mesita del centro.)

No sabría oponerme a un deseo tuyo con tanta sinceridad manifestado.

(Entra en la alcoba de la Dama.)

DAMA. — *(Adentrándose en el corredor, foro derecha.)* Pase usted, señor Gayoba.

JOYERO.— *(Muy bien vestido, y con lujosa cartera de negocios bajo el brazo.)* ¿Cómo se encuentra usted, amiga mía?

(Besa la mano que ella le tiende.)

DAMA. — Un poquitín indispuesta.

JOYERO. — Pero nada grave, ¿verdad?

DAMA. — Una ligera indigestión que me causa bastante molestia.

(Ruido de algo que se rompe contra el suelo.)

JOYERO. — ¿Está su señor?

DAMA. — *(Contrariada.)* No. Es el doctor que me está preparando algo para cal-

marme. Le llamé para evitar complicaciones.

(Sale el Ladrón con una copa, cuyo contenido da a beber a Dama.)

LADRÓN. — Tome usted, señora. Un sedante infalible.

DAMA. — Muchas gracias. ¿No se conocen ustedes? Quedan presentados al instante. Señor Gayoba ,joyero. Doctor...

(Dudando, por ignorar su nombre.)

LADRÓN. — Pilcaya. Tanto gusto, señor.

JOYER. — Muchísimo gusto también. No tenía el honor de haberle saludado antes

LADRÓN. — En una gran capital ejercen tantos doctores.

JOYERO. — Claro... Y hay asimismo tantos joyeros...

DAMA. — Famoso com usted, ninguno.

JOYERO. — Es favor, señora.

DAMA. — ¿A qué motivo debo el placer de su visita?

JOYERO. — Verá usted: su marido quedó en pasar por el despacho a liquidar su cuenta.

DAMA. — Cuando no lo ha hecho, es que algo urgente y grave le habrá privado de cumplir su palabra.

JOYERO. — Cabe suponerlo. Desde luego, mi visita no implica desconfianza, ni mucho menos. De esto, ni hablar.

DAMA. — Crea usted, mi querido Gaboya, que estoy intranquila.

LADRÓN. — No veo motivo.

JOYERO. — Claro, le consta a usted que salió su esposo con un propósito determinado, y por mi se entera que no lo ha cumplido.

DAMA. — Y es justo suponer que puede haberle ocurrido algo desagradable.

LADRÓN. — Le aconsejo que domine usted sus nervios.

JOYERO. — ¡Se han complicado tanto los negocios¡...

DAMA. — Bastante. Pero ¿no creen ustedes que las faldas tienen mucha influencia también, y complican la vida de los maridos gallardos y calaveras como el mío?

LADRÓN. — Es un poquitín exagerada en su juicio.

JOYERO. — Me consta que su marido es un dechado de caballerosidad, un modelo rutilante de hombre y esposo.

DAMA. — No pretendo violar ningún secreto profesional, que le conste. Me importa poco saber si le ha comprado una sortija para mi camarera, pongo por caso, o tal vez para una amante de categoría.

JOYERO. — Es un supuesto arbitrario ese de usted, señora.

DAMA. — Tan arbitrario como usted quiera, pero exacto. A todos os gusta brillar en el cómodo papel de Don Juan.

LADRÓN. — Entonces querrá usted decir que el Don Juan abunda más de lo regular entre la grey masculina.

JOYERO. — Justo, doctor. Esto es dar en el blanco.

LADRÓN. — Siempre que uno quiere es porque hay el complemento de una que se deja querer.

JOYERO. — Acierta, doctor. Tiene usted un ojo clínico formidable. Desde este momento me inspira tanta confianza, que me considero su cliente.

LADRÓN. — Muy honrado. Muchísimas gracias.

(A Dama.)

Con su venia, puesto que la crisis ha pasado, me retiro, y hasta mañana

(Coge el maletín, dispuesto a marcharse.)

DAMA. — *(Tomándole el maletín.)* Se equivoca usted, doctor. Este es el mío. El suyo lo debe tener allí dentro.

LADRÓN. — Perdone. Me confundí. Excuse mi yerro.

DAMA. — En la enmienda va el perdón, doctor. Pero, de ninguna manera consiento que se marchen ustedes sin antes tomar unas copas. Me encuentro bastante recuperada para poderles hacer los honores de la casa. Vamos a ver, señor Gayoba, ¿trae el recibo?

JOYERO. — Sentiría en el alma que sospechara desconfianza.

DAMA. — Mucha prisa ha tenido usted en venir.

JOYERO. — Le juro a usted, señora, que la causa de mi presencia aquí, no roza para nada el crédito que me merecen. Le explicaré cómo ha sido mi visita. Esperaba a su esposo, según antes le dije, que me tenía avisada su ida a mi tienda, y, como sé que palabra que da, palabra que cumple, al notar su tardanza, se me antojó telefonear. Primero, no estaba. Después... lo que son las cosas. No hubo forma de comunicarme con ustedes.

LADRÓN. — Exactamente me ha sucedido a mí al querer avisar la tardanza a mis ayudantes de la Clínica.

DAMA. — Habrá avería en la línea.

LADRÓN. — Segurísimo.

JOYERO. — Entonces dije para mi capote: algún incidente estúpido, quizá trágico, puede haberle ocurrido a don Enrique, y, piernas para qué os quiero, marchando a paso redoblado hasta llegar aquí y enterarme de que en esta casa tan querida, donde habitan mis mejores clientes, no ha ocurrido nada anormal. En fin, que

viéndose y hablándose, se entienden los amigos.

DAMA. — Más que el experto comerciante que todos conocemos y admiramos, es usted un poeta formidable.

(Abre el maletín, saca del mismo unos fajos de billetes, y se los da.)

Cuente usted, señor Gayoba.

JOEYR. — Cuánto lo siento, señora. Creo que no debo cobrarle a usted.

(Tomando el dinero y contándolo.)

Su marido puede darse por ofendido, y eso sí que resultaría lamentable. Dos, cuatro, seis, seis cientas mil. Conforme la cantidad. Supongo que los miles estarán asimismo bien contados.

(Los mete en la cartera, al propio tiempo que saca un recibo y un precioso estuche.)

Aquí tiene el recibo, Ernestina. Le quedo sumamente agradecido. Me habría sabido a deleite celestial poderla contemplar con las joyas puestas.

DAMA. — Lamento no poderle complacer. Me las pondré en el último momento, antes de salir de casa.

JOYERO. — *(Muestra la gargantilla del estuche.)* ¿Qué les parece a ustedes? Preciosa, ¿verdad? Debe lucirse también en la fiesta de la Embajada.

DAMA. — ¿Para quién es?

LADRÓN. — Para una reina, será.

JOYERO. — Si no llega a reina, se queda en duquesa. La conocen ustedes. ¡Ya lo creo!

DAMA. — ¿Berta Gómez Patiño, duquesa de Santa Agueda?

JOYERO. — La misma. Adivinó. Ella no irá hasta última hora.

LADRÓN. — ¡Magnífico regalo!

JOYERO. — ¡Soberbio, enorme! Se lo manda su padre político, para que luego digan y maldigan de los suegros.

(Mete el estuche en su cartera.)

DAMA. — Pasemos al comedor, se lo ruego.

JOYERO. — Nada más que minutos contados, señora.

LADRÓN. — Si el tiempo es oro, según afirman los dinámicos, un instante puede valer por una eternidad, tan grande es la obra que cabe hacer dentro de ese instante afortunado cuando el Genio actúa.

JOYERO. — Mucha filosofía es la suya, doctor.

DAMA. — Vamos a brindar por el agudo juicio que acaba de emitir nuestro elocuente doctor y brillante amigo. Hagan el favor.

(Al intentar el mutis, les sale al paso el Señor.)

SEÑOR. — ¡Caramba! No les sabía a ustedes en casa.

DAMA. — ¡Bravo, querido!, ¡irte sin avisar! ¡Cuánto tardaste en volver!

SEÑOR. — Perdón, queridísima. Son nuestras cosas. No le des importancia a la salida ni a la vuelta tardía, según tú.

DAMA. — *Para* mí la tiene, y muchísima.

SEÑOR. — Excusen ustedes la plática de familia, señores y amigos. Como caballeros que son, se harán perfecto cargo del caso.

DAMA. — El señor Gayoba, nuestro joyero...

SEÑOR. — Sí, sí, le conozco, claro. ¿Qué tal amigo? ¿Qué le ha traído por aquí?

JOYERO. — Le debo una explicación. Presentarme a cobrar en hora tan intempestiva, francamente...

SEÑOR. — ¡Ah! Pero, ¿ha venido a cobrar? ¿Y ha cobrado usted?

JOYERO. — Como que usted no acudió a mi tienda según tenía prometido...

SEÑOR. — Lo encuentro natural. Usted debe cuidar sus negocios con celo y diligencia suma. No vaya a escapársele el deudor sin pagar. Muy bien hecho, amigo mío.

JOYERO. — Pero entienda usted, que mi actitud no presupone desconfianza ninguna.

SEÑOR. — Desde luego. Eso faltaría.

JOYERO. — Sentiría en el alma que lo tomara en menoscabo de su persona.

SEÑOR. — Lo importante es cobrar. La hora, la forma y el modo, son secundarios. Tocar el dinero es lo único positivo, lo que de verdad cuenta para el buen comerciante.

DAMA. — Estamos olvidando al doctor.

SEÑOR. — *(Al Ladrón.)* Perdón, señor. No tengo el gusto de conocerle a usted.

DAMA. — Doctor Pilcaya. Falté en no presentártelo antes.

SEÑOR. — Creo recordar. Su nombre me suena.

LADRÓN. — Es posible. Le conoce tanta gente a uno.

DAMA. — *(Al Ladrón.)* Ya habrá usted adivinado que se trata de mi marido.

LADRÓN. — *(Estrechándole la mano.)* Encantado, señor.

SEÑOR. — Encantadísimo, Doctor. Le felicito por el exquisito gusto en el vestir. Uno de mis trajes es tan parecido al que lleva puesto, que cualquiera lo confundiría.

LADRÓN. — Lo celebro y me felicito de la identidad de gusto en elegir la tela.

SEÑOR. — ¿A qué debemos el honor de su visita?

LADRÓN. — He sido llamado.

DAMA. — Una indisposición repentina me obligó a telefonear a nuestro médico de cabecera, y no estaba en casa. Entonces llamé al azar al primer doctor que se me puso al habla.

SEÑOR. — Celebro muchísimo el suceso, pues me da ocasión de trabar amistad con una verdadera eminencia. Es usted especialista en psiquiatría, según creo.

LADRÓN. — En efecto. A su estudio dedico los mejores momentos de mi carrera. Para medicina general, acudo nada más que en los casos imprevistos y urgentes como el de su señora esposa.

DAMA. — Ibamos al comedor a tomar unas copas.

SEÑOR. — No seré yo quien lo impida.

JOYERO. — Muchas gracias.

LADRÓN. — Muy galante con nosotros.

SEÑOR. — Qué menos que unos sorbos de nuestro delicioso néctar jerezano.

DAMA. — Mejor que te vistas, pues se nos va haciendo tarde.

SEÑOR. — Nos sobra tiempo, querida. La fiesta no estará en su pleno auge hasta media noche. De manera que mientras yo me visto, podrás completar tu aderezo. ¿Ustedes no van?

JOYERO. — Pienso ir. Tengo invitación.

LADRÓN. — Yo sin tenerla podría asistir, acompañándoles a ustedes.

SEÑOR. — Encantado que así fuera.

LADRÓN. — Pero no creo que mis actividades profesionales me lo permitan

SEÑOR. — Será una lástima, doctor. Y a propósito de su especialidad médica. Me gustaría verle ensayar en alguno de nosotros su poder hipnótico.

LADRÓN. — No siempre está uno en situación de poder influir en sus semejantes.

SEÑOR. — Una verdadera corazonada como otra cualquiera, esa de poner bajo el influjo de usted nuestros sentidos y voluntad.

LADRÓN. — Tampoco todas las circunstancias son propicias, ni todos los sujetos se prestan a ser dominados por un espíritu ajeno, que no siempre resulta bastante fuerte para lograr obediencia de la persona pasiva.

SEÑOR. — Presiento que a mi esposa le encantaría observar la sujestión que usted pueda ejercer, por ejemplo, experimentando sobre nuestro común y simpatiquísimo amigo Gayoba.

JOYERO. — ¿Y, por qué sobre mí precisamente?

SEÑOR. — Porque usted debe sufrir la preocupación del robo y la estafa.

LADRÓN. — Claro, quien mucho tiene, mucho debe guardar.

SEÑOR. — Es lógico. Y por lo tanto su espíritu es materia de fácil manejo.

JOYERO. — Ah, pues se equivocan ustedes. Ando siempre muy seguro de mí mismo. Soslayo con facilidad los peligros y jamás doy un traspié.

DAMA. — *(Muy nerviosa.)* No te empeñes, Enrique. Eres antojadizo en extremo, y nos vas a violentar a todos porque sí.

SEÑOR. — La curiosidad de poder admirar al Doctor no se presenta tan a menudo.

LADRÓN. — Y yo, a mi vez, no puedo abusar de esta fuerza psíquica que por Ley y por conciencia debo ser parco en usar. Para fines curativos, nada más, le es lícito al médico emplear el método hipnótico.

DAMA. — Evidente. Pues no faltaría sino que derrochara su ciencia para satisfacer el capricho de mi marido, pongo por caso.

SEÑOR. — Una que le teme, doctor. La dama se le confiesa vencida de antemano.

JOYERO. — Juzga el juego peligroso y, eso, jamás ha sido miedo. Comparto su criterio de prudencia en estos casos, señora.

SEÑOR. — Otro que ahueca el ala con tiempo.

(Entran Tío y Tía foro derecha.)

TÍA. — Se descubrió el misterio.

DAMA. — Por Dios, no insistas, tía Ani.

SEÑOR. — Otra tomadura de pelo. Hoy estás fantasmagórica, tía.

TÍO. — No me deja llevar el timón y así navegamos rumbo al ridículo.

TÍA. — Eres redomado. Ya que no me dejas hablar, mete baza tú.

TÍO. — Haciéndote la entendida, das cada traspié que buenos quedamos los tíos delante de nuestros sobrinos.

TÍA. — Tú, porque eres vanidoso y presumido, quieres estar al margen del asunto por si resulta un fracaso. Pero Mateo y yo llevaremos la investigación hasta el fin.

DAMA. — Que tengáis suerte en el lance se os desea.

SEÑOR. — Se os nota a los dos la desilusión de un deseo frustrado. El juego del amor en la edad madura, y soy indulgente, tiene sus quiebras.

TÍA. — *(Queriendo disimular su agitación, de la que participa el Tío.)* ¿De quiénes nos estás hablando?

SEÑOR. — De las dos parejas que me contó el pajarito azul de los cuentos. Vosotros les conocéis bien a los protagonistas. En fin, no ha pasado nada, queridos tíos. *(Mostrándolo.)*

Aquí está el maletín con su contenido. Lo había yo cambiado de escondite por si acaso, y, claro, Ernestina, al no encontrarlo en su sitio, imaginó que nos lo habían robado.

TÍO. — *(Con cierto énfasis.)* Caló el chapeo, requirió la espada, fuese y no hubo nada.

JOYERO. — Tiene gracia el incidente.

LADRÓN. — Muchísima.

TÍO. — Pues para mi, maldita la gracia que os hace la mala sombra de este arrebato, que por tal lo tengo yo, sobrinitos.

TÍA. — Mal que os pese, la portera ha visto entrar a cierto sujeto sospechoso, con mono disimulado bajo gabardina, y ese tal no ha salido aún de la escalera. Con lo que, sino aquí, en otro piso habrá garrapada.

TÍO. — Ahí nos las den todas, mujer.

DAMA. — Es inaudito a tus años hacer caso de la portera.

SEÑOR. — ¿Y el detective Mateo?

LADRÓN. — Ese, ese será quien lo esclarezca todo. Como si lo viera.

TÍA. — Contra todos sigue investigando, y triunfará.

DAMA. — Que así sea deseamos.

SEÑOR. — Vamos, doctor. No se haga insistir. Me pongo a su disposición.

LADRÓN. — Puesto que lo quiere...

TÍA. — ¿De qué se trata?

SEÑOR. — El Doctor quiere ensayar su poder hipnótico en mi persona.

TÍO. — Eso ya es brujería. No me agrada.

TÍA. — Qué sabes tú. Yo he visto una medium que adivinaba lo pasado y lo venidero con exactitud impresionante.

TÍO. — Habría truco, Ani.

LADRÓN. — En tal caso se trataría de una farsa.

TÍA. — ¿Truco, dices? Ya verás tú ahora lo sorprendente de la experiencia, porque supongo que entre el doctor y nuestro sobrino no habrá previo acuerdo.

TÍO. — A tanta malicia no llego; eso sí que no.

LADRÓN. — Va en ello el prestigio de mi título. Conque, fije su mirada en la mía.

(Le toma ambas manos.)

TÍA. — Mi sobrino es de buena hebra y no va a poder con él, doctor. Pruebe conmigo primero.

(Ladrón deja libres las manos del Señor y toma a su vez las de Tía.)

LADRÓN. — Contra la que no voy a poder es con usted, mi querida señora.

TÍA. — ¿Por qué?

LADRÓN. — No es apta para el ensayo.

TÍA. — ¿De veras? Me extraña, doctor.

DAMA. — Cuando él lo afirma...

SEÑOR. — Claro que será verdad, tía Ani.

TÍO. — Esta quiere ser más papista que la papisa Juana.

TÍA. — Y, ¿cómo comprobó usted, admirado doctor, la ineptitud mía?

LADRÓN. — Nuestras voluntades vibran al unísono y, por lo tanto, se rechazan.

TÍA. — Y ese fenómeno, ¿cómo lo ha descubierto?

LADRÓN. — Al comunicarnos por la trabazón de nuestras manos, graciosas las suyas, más toscas las mías, las fuerzas de su espíritu, chocan con las del mío, en lugar de supeditarse.

TÍA. — Me decepciona usted, doctor.

TÍO. — Era de suponer este fracaso. Andas todo el santo día con los nervios de punta. Agitadísima siempre. Si pareces un cohete a punto de disparar.

TÍA. — Estás en tu propia salsa, Pío. Lo que es estorbando, eres un hacha.

SEÑOR. — A lo nuestro, doctor.

LADRÓN. — Puesto que insiste...

(Le toma las manos.)

Fije su mirada en la mía...

(Señor, aparentemente queda hipnotizado.)

Siéntese aquí.

(Le acompaña a un sillón.)

Ahora présteme su atención. ¿Qué ve usted?

SEÑOR. — Bultos, varios bultos.

LADRÓN. — ¿Son personas o cosas las que tiene delante sus ojos?

SEÑOR. — Se van aclarando: son personas.

DAMA. — Por Dios, doctor. ¿No hay peligro en el experimento?

TÍA. — ¿Qué peligro ha de haber, tontina, siendo médico el señor?

LADRÓN. — Ninguno, señora. Además, estoy bien alerta a cualquier reacción que pudiera surgir con carácter sintomático de trastorno mental.

JOYERO. — Me resulta violento presenciar este espectáculo irregular.

TÍO. — Pues a mí me resulta la mar de divertido.

LADRÓN. — Cálmese, amigo, y nada tema. Respondo del éxito. ¿Conoce alguno de los personajes que le rodean?

SEÑOR. — Sí. De momento, denuncio a cierto cleptómano que está a punto de actuar entre nosotros.

(Momento de nerviosidad en la Dama y el Joyero.)

TÍA. — Que nos diga su nombre.

TÍO. — En esto llevas razón. Debería nombrarlo para que le conozcamos.

LADRÓN. — *(Riéndose.)* ¡Formidable! Ya lo han oído ustedes: entre nosotros hay uno que tiene la manía de robar.

TÍA. — ¡Colosal! Una locura de ensayo. Me entusiasma, doctor.

TÍO. — Más que colosal. Fantástico.

TÍA. — ¿Qué entiendes tú de eso?

TÍO. — Entiendo que Enrique se equivoca. Ninguno de nosotros tiene cara de ladrón.

JOYERO. — Estamos presenciando una broma pesada.

DAMA. — Voy a sufrir un ataque de nervios.

LADRÓN. — A ver si resultará que por reflejo son ustedes los sugestionados.

DAMA. — De ninguna manera puede ocurrir esto que usted pretende. Me niego a obedecerle.

JOYERO. — Yo me declaro en franca rebeldía contra su perturbador influjo.

LADRÓN. — Poco importa que quieran o no sujetarse a mi voluntad. Tampoco me he propuesto operar sobre sus almas exasperadas, tan a propósito para mi trabajo. Mucha atención amigos.

(Interroga de nuevo al Señor.)

Este caballero que tengo a mi lado y sobre cuyos hombros reposa mi mano...

(Por el joyero.)

SEÑOR. — Lleva una cartera, magnífica por cierto.

LADRÓN. — Exacto. Importa saber su contenido, que tal vez sea también magnífico.

SEÑOR. — Dentro contiene un rico estuche con valiosa joya.

LADRÓN. — Precisa nos diga qué clase de joya es.

SEÑOR. — No la veo bastante clara. Pero me parece una gargantilla. Distingo asimismo paquetes de billetes, mucho dinero...

DAMA. — Basta, doctor. Es insoportable. No puedo aguantar más semejante tortura.

JOYERO. — No es de buena ley tanta clarividencia.

LADRÓN. — Calma, señores y amigos.

(Al Señor.)

¿Para quién es?

SEÑOR. — Allá está la duquesa de Santa Agueda esperándola.

DAMA. — ¡Ah! ¿Cómo es posible? Extraordinario... inaudito!

TÍA. — Esto se repite en la fiesta de la Embajada y mañana, en los periódicos, se comentará su poder psíquico. Para mí lo tengo por sobrenatural.

TÍO. — Sin discutir el mérito científico, para mi capote tengo por arte del diablo su manipulación sobre el paciente.

TÍA. — No podía faltar tu patochada.

TÍO. — Sin tener tratos con los espíritus malignos no se alcanza tanto dominio sobre los demás.

JOYERO. — *(A Dama.)* Es sospechosa la hipnosis de su señor marido.

SEÑOR. — Berta Gómez Patiño se impacienta. Teme que su joyero no llegue a tiempo. ¡Se retrasa tanto! La contraría de veras no poder estrenar su preciosa gargantilla. ¡Vaya suegro derrochador el de la duquesa! Ah, pero la muy cuitada, no podrá lucirla esta noche, porque hay ladrón que acecha al confiado portador, quien, por poco que se descuide, se va a llevar el gran disgusto.

JOYERO. — *(Descompuesto.)* ¿Robarme a mí? A ver quién será el guapo que logre poner mano en mi cartera. Como si yo no fuera quien soy.

LADRÓN. — Por descontado, que nadie podrá contra usted, mi querido Gayoba.

SEÑOR. — Veo también a Ernestina. ¿Dónde piensa ir mi Dama con traje de noche, pero sin joyas?

TÍA. — A contárselo a todo el mundo, porque si esto no es milagro, poco le falta.

TÍO. — Le falta precisamente eso, que sea milagro.

TÍA. — Confúndale, doctor. Resulta insoportable para su ciencia.

LADRÓN. — Atención, porque voy a terminar.

(Al Señor.)

Siga usted hablando de la Dama.

SEÑOR. — ¿Verdad, vosotros que la admiráis, que la singular belleza de mi Dama merece realzarse con valiosa riqueza de perlas y diamantes? ¡Ah!, si su marido es uno de esos tacaños inmorales que se lo gastan todo con la amiguita de turno, bien estaría que lo arruinasen por imbécil.

(Ladrón da unas palmadas en las mejillas del Señor, y éste simula despertarse.)

DAMA. — Te sentirías morir, ¿verdad Enrique?

SEÑOR. — No recuerdo nada.

TÍA. — Amnesia total.

TÍO. — Fenómeno típico.

LADRÓN. — ¡Admirable! Están ustedes muy enterados.

DAMA. — No les haga caso, doctor.

TÍO. — Se nos pegó la afición de la sobrina a la lectura.

TÍA. — Ello explica nuestra erudición.

SEÑOR. — ¿Me ha pasado algo?

LADRÓN. — Claro que no.

SEÑOR. — Ha resultado poco divertido para mi persona el ensayo. ¿He dormido, tal vez?

DAMA. — Mucho.

TÍA. — Profundamente.
TÍO. — Con muchísima intensidad.
LADRÓN. — Su sueño no ha pasado de superficial, señor. Puede creerlo.
SEÑOR. — Entonces ha sido una birria de experimento.
LADRÓN. — ¡Sueña uno tantas veces sin acordarse al despertar de que soñó!
TÍA. — Pues yo, cuando despierto, recuerdo perfectamente cuánto he soñado y se lo cuento en seguida a Pío.
TÍO. — Por mi parte debo decirles que me creo feliz ignorando si sueño o no. Tengo fama de dormir como un lirón y roncar como un bendito.
SEÑOR. — Tengo sed, y seca la garganta, ni gruñe ni canta.
(Va al foro, y llama.)
A ver, Mateo, trae el bar.
DAMA. — Qué bochorno me has hecho pasar con las tonterías que nos soltaste.
SEÑOR. — ¿Hablé?
JOYERO. — Más de lo conveniente.
TÍA. — Pero no comprometió la honra de nadie, que conste.
SEÑOR. — Estupendo, doctor. Oh, si lograra recordar, qué triunfo más grande para todos.
DAMA. — Mejor te será ignorar los disparates dichos en plena inconciencia.
TÍO. — Pero si ha resultado divertidísimo. ¿De acuerdo, Ani?
TÍA. — Esta vez, sí, Pío.
LADRÓN. — Nadie puede afirmar quién sea el más cuerdo, si el despierto o el que obra bajo la influencia del subconsciente.
SEÑOR. — De tejas abajo, cualquiera cuestión tiene sus peros y perotes.
LADRÓN. — Todo en el mundo es del color del cristal con que se mira.
(Entra el Criado con el bar y llena unas copas.)
SEÑOR. — *(Dándose cuenta del maletín.)* ¡Ah! Pero si aquí están tus joyas. Quisiera que los amigos gozaran el éxtasis de contemplarlas puestas cada una en la parte que en la escultura de tu divino cuerpo le corresponda.
(Saca las joyas.)
Vean y admiren ustedes: la pulsera, el anillo... el broche... la gargantilla... los pendientes... la diadema...
(Toma una copa.)
Por la Dama, mi esposa, dueña de tan preciosa joyería.
(Todos toman su copa.)
DAMA. — Por el joyero que las vendió.
JOYERO. — Por las joyas, maravillosas por cobradas.
TÍA. — Bueno, yo brindo por quien me sé, callando su nombre.
TÍO. — Dilo mujer, por Mateo, modelo de criados. No vamos a escandalizarnos.
TÍA. — Y tú, ¿por quién vas a brindar? Lo digo yo, aunque resulte una campanada. Por Paqui.
TÍO. — Al buen callar llaman Sancho. Yo, para que te enteres, brindo por Cervantes.
SEÑOR. — Y usted, doctor, ¿por quién levanta su copa?
LADRÓN. — Por el ladrón que ha de robarlas.
DAMA. — Ironías, no.
JOYERO. — Chunga, tampoco. ¡Escandaloso!
SEÑOR. — Mucho menos lícito sería jalear un atraco premeditado contra alguien de nosotros.
LADRÓN. — Fué precisamente su vaticinio, mi querido señor y amigo.
SEÑOR. — ¿Eso dije? ¡Bah! Pura quimera.
Vocero de un hado delirante, transpuesto en la negrura donde la vida se hunde.
(Toma otra copa.)
Pues yo repito para que este robo sensacional anticipado por mí—estando fuera de mis casillas— — claro está, tenga el fracaso que se merece.
(Brindando.)
Por las joyas y el joyero,
por la Dama y el Señor,
por la caza del ratero.
Por el triunfo del amor.
(Toma la mano de su esposa y la besa, mientras los demás aplauden y gritan: "Bravo".)

TELÓN

ACTO TERCERO

Sucede a continuación del anterior. El mismo decorado y los mismos personajes en acción. En escena: Dama, Señor, Ladrón, Joyero, Tío y Tía. Se ha retirado el bar. Al levantarse el telón, entra (foro derecha) el Criado, quien trae detenido al Intruso.

CRIADO. — Señor, traigo caza mayor. Le pillé preguntando a la portera verdaderas indiscreciones, que no pueden tener otro fin que informarse, para luego operar a mansalva.

INTRUSO. — Chalado por los cuatro costados.

SEÑOR. — Vamos a ver: ¿Quién eres tú?

INTRUSO. — Exactamente no sé si soy Mahoma o su Profeta.

TÍO. — ¡Vaya guasón que nos ha caído!

TÍA. — Enciclopédico se nos muestra el pollo.

INTRUSO. — Soy más que guasón y menos que enciclopédico, juventud pinturera.

TÍO. — Trágate esa, Ani.

TÍA. — Descaro no le falta al pillín.

DAMA. — ¡Vaya tipo sospechoso!

JOYERO. — Le considero pájaro de mal agüero.

INTRUSO. — El recibimiento es espléndido y se agradece, señores.

SEÑOR. — El merecido, nada más, caballerito. Que le sirva de lección.

INTRUSO. — Mil gracias, señor. Cuanto usted diga, bien dicho está.

LADRÓN. — ¿Cómo diantre has llegado aquí?

INTRUSO. — ¡Caramba! Con qué amigo tropiezo.

(Le saluda efusivamente.)

DAMA. — *(Alarmada.)* ¿Se conocen ustedes, doctor?

(Criado hace un gesto de contrariedad y se retira.)

INTRUSO. — ¿Doctor ha dicho, señora?

(Gran carcajada.)

DAMA. — ¿Son amigos y desconoce su carrera? Es gracioso.

TÍA. — Enigmático, querrás decir. ¡Buen lobo se nos metió en el redil!

(Mutis tras el Criado.)

INTRUSO. — Con mi interrogante he querido significar, señora, que el calificativo de doctor, no basta. Mi amigo *(guiñándole el ojo)* es un doctorazo de tomo y lomo. Un divo con el bisturí en la mano. El único. ¡Qué saben ustedes quién es mi amigo!... Con que si alguno de ustedes desea que le saquen las tripitas al sol, no tiene más que ponerse en circunstancias.

LADRÓN. — Anda, cállate y no hagas el loco. Sigue tu camino y no olvides que por una indiscreción has estado a punto de tener un disgusto mayúsculo.

INTRUSO. — Cuánta cordura, Dios mío, en un ser tan insignificante como es el hombre. Misterio de la vida humana.

LADRÓN. — Sin mi intervención, mal lo hubieras pasado, pues se te tomó por ladrón y nadie te quitaba una noche en los calabozos de la Jefatura de Policía.

(Le acompaña hasta la puerta.)

INTRUSO. — Bien, puesto que así lo quieres, me voy. Ahora ya sabes que tus amigos están en guardia, velando las armas, y que tu aventura, tendrá buen fin.

(Mutis, foro derecha.)

LADRÓN. — No le hagan caso. Sufre depresión nerviosa, con intermitencias de enagenación mental.

SEÑOR. — Hay que precaverse de esa clase de individuos, doctor.

DAMA. — A lo mejor, finge lo que no es.

JOYERO. — Para gozar de mayor libertad en sus andanzas.

TÍO. — Pero a lo peor, acaba loco de remate.

SEÑOR. — Toda precaución es poca contra esos sujetos equívocos.

DAMA. — Tienes razón, Enrique. ¿Alguno de ustedes ha oído la nota de la Radio?

JOYERO. — ¿Cuál? ¿La de ayer noche?

DAMA. — La radiada no hace todavía una hora.

SEÑOR. — ¿Y sobre qué?

DAMA. — A propósito de los robos que, por lo visto, está cometiendo un famoso ladrón a quien la policía no logra atrapar.

TÍO. — Y vaya usted a saber si ese fingido anormal es uno de la banda.

LADRÓN. — Quien tenga, que retenga. Es lo natural. Hay que vivir alerta.

DAMA. — Precisamente eso han advertido, que quien guardara en casa joyas o dinero, estuviera sobre aviso sin descuido alguno, porque el caco anda muy listo y sabe escabullir la persecución con mucho talento y presteza.

JOYERO. — Lamento muy de veras no haberla escuchado.

SEÑOR. — ¿Y por orden de quién fué radiada?

DAMA. — De la Jefatura de Policía, según han dicho.

LADRÓN. — Tendrá su importancia el asunto.

JOYERO. — La tiene, indudablemente. Podemos figurarnos a qué punto habrán llegado las cosas, que se hayan visto obligados a dar tal aviso al público. De seguro que la Prensa de la noche ampliará la nota radiada.

LADRÓN. — Tal vez no juzguen oportuna su publicación.

SEÑOR. — Lo doy por descontado.

DAMA. — Dieron también otra noticia interesante.

JOYERO. — ¿Referente a qué?

LADRÓN. — *(Al Señor.)* ¡Y nosotros en Bábia!

SEÑOR. — ¡Como si no pasara nada de particular en el planeta!

DAMA. — Se ha rogado al actor Leonardo que retire del cartel su obra «Un robo sensacional», porque resulta que la simpatía del protagonista, ratero desde luego, crece de día en día y se estima inmoral la excesiva popularidad que consigue.

JOYERO. — Espanta la baja moral que supone ensalzar en la novela y en el teatro los actos de violencia contra el bien ajeno.

LADRÓN. — A pesar de cuanto usted diga, le encarezco, mi querido amigo, no deje usted de ver esta gran comedia. Es de las que no se olvidan.

JOYERO. — ¿La ha visto usted ya?

LADRÓN. — Sí, señor. Me entusiasmó la obra, que es magistral, y la interpretación de la compañía, en la que todos sus componentes rayan a gran altura.

DAMA. — ¿Y es verdad que ese actor Leonardo es artista de tan grandes méritos?

LADRÓN. — No sé qué contestarle, señora. Me une a él una íntima amistad y no está bien que uno le enaltezca en demasía.

SEÑOR. — Callado se lo tenía, amigo.

LADRÓN. — No había venido a cuento hasta ahora hablar del actor y de su obra.

DAMA. — ¡Ah! ¡Pero ha sido él mismo quien adaptó la novela al teatro?

LADRÓN. — Así lo tengo entendido.

DAMA. — Me entusiasma saberlo. Enrique, ya puedes encargar localidades, porque mañana vamos a ver esa comedia de título tan sugestivo: «Un robo sensacional».

SEÑOR. — Creo que podré complacerte, encanto. Deben saber ustedes que mi esposa tiene en curso de lectura la novelita del mismo título que ha servido de base a la adaptación escénica. Y es natural que sienta curiosidad por conocer la obra y aquilatar la interpretación de sus personajes, que a ella le son ya familiares.

DAMA. — La de anécdotas curiosísimas que debe haber vivido ese actor Leonardo.

JOYERO. — Los artistas son unos trotamundos que, brincando de acá para allá, están de líos hasta la mismísima coronilla. El que menos, tiene para contar hasta el fin de sus días. Ese oficio de artista lo estimo holgazanería.

LADRÓN. — Le advierto que esos cómicos, tan mal tratados como mal comprendidos, y peor pagados, preferirían, la mayoría de ellos, ser joyeros a seguir de actores.

JOYERO. — Yo a mi vez le atajo previniéndole de que los comerciantes en joyas necesitan estar dotados de condiciones excepcionales para no fracasar.

LADRÓN. — Para facultades extraordinarias las que necesita el actor para lograr su triunfo, según yo entiendo.

DAMA. — ¿Pero, dónde se ha metido tía Ani?

TÍO. — Allí dentro está, de conciliábulo con Mateo.

SEÑOR. — No dejarla sola, tío, por Dios.

TÍO. — El undécimo, no estorbar, sobrino. Además, ya sabes que ella es de las que quiere meter la mar en un pozo, y por lo tanto no hay manera de entenderse con la hermanita.

DAMA. — Deber tuyo es soportarla, querido tío, que tú también eres de los que con poca hiel corrompes mucha miel.

TÍA. — *(Entrando, foro derecha.)* Me zumban los oídos.

DAMA. — En efecto, de ti hablábamos, tía.

TÍA. — ¿Bien o mal?

TÍO. — De la única manera que se puede hablar de ti, monada: En elogio superlativo.

TÍA. — No me hago ilusiones, Pío. Estando tú en la conversación, alfilerazo seguro. Y los demás, haciéndote coro, riendo tus cuchufletas, como si lo viera.

DAMA. — ¡Cuánta sensibilidad, tía!

SEÑOR. — Comentarios leves a tus genialidades, sin pizca de malicia.

DAMA. — Y mucho menos ganas de mortificarte.

TÍO. — Veamos, Ani. Has entrado agresiva, señal evidente que nos vienes a decir algo de mucho peso.

TÍA. — Sí, os traigo una mala noticia. *(A Dama.)*

Aquí tienes el billete comunicando la suspensión del baile de la Embajada.

SEÑOR. — Eso sí que es una verdadera contrariedad.

JOYERO. — Para mí, representa un contratiempo mayúsculo.
DAMA. — *(Por la tarjeta.)* La embajadora se se ha indispuesto repentinamente.
LADRÓN. — Ha sido una lástima.
TÍO. — Para las damas una verdadera catástrofe.
TÍA. — Para nosotros dos, la suspensión del acontecimiento mundano, será un alivio.
DAMA. — Claro, se os había metido en la cabeza venir...
SEÑOR. — Y hubierais retirado a las tantas de la madrugada.
DAMA. — Con el cansancio consiguiente.
TÍO. — Culpad a ella, nada más. Yo iba de acompañante.
TÍA. — Al arrastre como bufón, querrás decir.
CRIADO. — *(Entrando.)* Señorito, perdone que le moleste, pero tendrá que acudir al recibimiento. Están unos sujetos que, según yo barrunto, llevan malas ideas en el cerebro y peores instintos en el corazón.
SEÑOR. — ¿Preguntan por mí?
CRIADO. — Vociferan que aquí entró alguien a quien buscan desde largo rato.
SEÑOR. — El diablo cargue con ellos. Venirle a uno con tales visitas a estas horas...
CRIADO. — No me toleran la réplica, señor.
SEÑOR. — Dales con la puerta en las narices.
CRIADO. — Ya lo intenté inútilmente como respuesta concluyente a su insistencia.
SEÑOR. — Voy allá. A ver si de un golpe liquido este asunto extravagante que se nos presenta. Por lo que pudiera ocurrir, estad atento a mis voces.
(Mutis de Señor y Criado.)
TÍA. — Al fin tendremos lío y grande, según parece. Cuanto lo he deseado. Se romperá de una vez la monotonía de nuestra plácida existencia.
TÍO. — Mira, Ani, que invocar el desafuero, es temeridad manifiesta.
DAMA. — Estoy intranquila; no me agrada el misterio de esa visita.
LADRÓN. — Su alarma es infundada, señora.
DAMA. — Me choca su afirmación tan categórica. ¿Conoce acaso a los visitantes?
LADRÓN. — Supongo que serán pedigüeños que saben fingir situaciones espeluznantes para ser recibidos.
JOYERO. — Ustedes perdonen. Debo irme.
DAMA. — Espere a que mi marido aclare la situación. Sabe ser breve con los inoportunos.
JOYERO. — Me entretuve demasiado con ustedes. Uno se encuentra tan a gusto entre amigos de tanta calidad.
DAMA. — Confiese usted que no ha perdido el tiempo.
JOYERO. — Desde luego que no.
LADRÓN. — Pues cuando se aprovecha, no hay queja fundada.
(Vuelve el Señor.)
SEÑOR. — Me temo que haya cometido alguna imprudencia, señor Gayoba.
JOYERO. — *(Alarmado.)* Y eso, ¿por qué?
SEÑOR. — ¿Sabía alguien que usted viniera a cobrar?
JOYERO. — Nadie.
SEÑOR. — ¿Está usted seguro?
JOYERO. — Se lo afirmo de manera rotunda.
SEÑOR. — Pues rondan por la calle, fijas las miradas en nuestra casa, espiando entradas y salidas de la puerta principal, personajes misteriosos, anónimos para nosotros, pero conocidísimos, supongo yo, en ciertos medios frecuentados por delincuentes de baja ralea.
JOYERO. — ¿Presupone usted que han seguido mi pista?
SEÑOR. — Olfatean su cobro, amigo.
DAMA. — ¡Vaya compromiso el nuestro!
JOYERO. — Puede que estén dando barzones en espera de que salga el Doctor.
LADRÓN. — Es presumible también. En más de una ocasión me he visto seguido por gentes sospechosas.
SEÑOR. — ¡En buen trance estamos metidos!
DAMA. — Pero, habrás puesto en claro quiénes eran los que esperaban ser recibidos.
SEÑOR. — ¡Ah!, he aquí lo difícil de averiguar.
DAMA. — ¡Cómo! ¿No sabes siquiera si has tratado con los presuntos asaltantes, o con la policía?
SEÑOR. — Es lo que no he sabido discernir.
(Se oye un portazo fortísimo que causa pánico. Viene el Criado.)
CRIADO. — Señor, se han marchado sin esperarle. Y ya habrán ustedes oído de que manera destemplada: con un portazo que ha retemblado toda la casa.
SEÑOR. — Hagan el favor de pasar al salón.
(Al Joyero.)
Y usted no salga hasta que yo le avise. Dejadme en libertad para poder maniobrar de manera conveniente.
DAMA. — Por favor, Enrique, no seas imprudente.
SEÑOR. — Descuida, que nada malo me puede suceder.
LADRÓN. — *(Al oído del Señor.)* ¿Quiénes eran?
SEÑOR. — Puedes suponerlo. Tus amigos.
(Mutis de todos, foro izquierda. Se

ñor recoge las joyas y también hace mutis por izquierda. Vuelve el Criado, foro derecha, y al encontrarse solo en escena, se precipita al teléfono, dándose cuenta de que no funciona.)

CRIADO. — Hay que afrontar el peligro.

(Entra en el dormitorio de la Dama, de donde sale en seguida con la ropa que el Ladrón se cambió.)

He aquí la prenda del delito. ¿Dónde estará el cuerpo que lo vistió? ¿Quién será el ente que se enfundó en semejante indumento?

(Escudriña en los bolsillos y encuentra un grueso paquete de billetes.)

¿Dinero de guardarropía? ¿Qué ocurre hoy en esta casa, precisamente hoy, en que la jornada se presentaba con tan buenos auspicios? Esto va pareciendo cuento de hadas.

(Aparece el Ladrón, foro izquierda, que lleva en su diestra la cartera del Joyero. Dándose cuenta de la actitud del Criado, comprueba si continúa cortada la comunicación telefónica. Deja la cartera encima de la mesita de centro y arrebata de manos del Criado, ropa y billetes.)

LADRÓN. — Anda, lárgate y acude donde tu ama, que de seguro te necesita.

CRIADO. — *(Cuitado, pero herido también en su amor propio.)* No recibo órdenes más que de boca de mi dueña y señora.

LADRÓN. — Por ella te las doy yo.

CRIADO. — ¿Quién es usted para hablarme tan alto?

LADRÓN. — ¿Yo? soy quien soy. ¡Habráse visto miope! No calar a la vista al individuo que se te pone por delante. Necedad pura.

CRIADO. — Ni usted tan alto, ni yo tan poquita cosa. Digo...

LADRÓN. — Tú, no eres nadie. Muñeco humano con lengua y estómago, hato de carne y nervios, llevado y traído a voluntad de otro. Total, lo dicho: ¡nadie!

(Oyése dentro un golpe de gong.)

¿Oyes? Te llaman. A cumplir. Cada uno a lo suyo.

(Mutis, foro izquierda. Ladrón, al quedarse solo, saca los billetes de la cartera que sustituye por los de guardarropía, procurando que hagan el mismo bulto. Asimismo se queda con la gargantilla, reponiendo el estuche en la cartera. En este instante viene el Señor.)

SEÑOR. — Toma. Estoy encerrado de nuevo en la Biblioteca.

(Le da las joyas.)

LADRÓN. — Nos vamos acercando al final. *(Enseñándole el reloj.)*

Fíjate la hora que es. No dispongo ya de mucho tiempo.

SEÑOR. — Y hasta el fin, nadie es dichoso. Jamás lo conseguido superó en interés a lo esperado.

LADRÓN. — Es cierto. Nunca la realidad fué tan bella como la ilusión.

SEÑOR. — Más triste que el desear es conseguir aquello que con gran anhelo se deseó.

LADRÓN. — A ver si resulta luego que recuperarla sólo para ti, sea el gran fracaso de tu vida.

SEÑOR. — Si es así, tendré que aceptar lo que el destino me reserve.

(Mutis los dos. Señor, por foro. Ladrón deja la cartera encima de la mesita, y se mete en la alcoba de la Dama. Un instante después entran en escena, con cierto atropello, la Dama y el Joyero. Éste visiblemente descompuesto. El Criado les sigue, quedándose al entrar.)

JOYERO. — Mi cartera. Mi cartera. Exijo mi cartera. ¡Me han robado!...

DAMA. — No es posible. Sufre usted una tremenda ofuscación

JOYERO. — Le juro a usted, señora mía, que la llevaba bien sujeta entre mis manos. Aquí se está jugando con fuego y algunos se quemarán los dedos.

DAMA. — *(Dándose cuenta de la cartera.)* Mire usted, señor Gayoba. Aquí está su cartera.

(Joyero se lanza a cogerla, palpando si está o no vacía. Al comprobar que dentro hay los paquetes, da un respiro de gran satisfacción.)

JOYERO. — Vaya susto que he pasado.

DAMA. — Ya ve usted que no ha sido justo en la opinión desfavorable que de mí ha formado.

JOYERO. — Perdón, señora. Le ruego acepte mis excusas.

DAMA. — No le quepe la menor duda que, distraído, la dejaría aquí.

JOYERO. — Esto parece. Aunque persisto en la idea de que la llevaba conmigo. Por un momento dudé de que el Doctor, al despedirse, la cogiera, equivocadamente, desde luego.

DAMA. — Uno a veces se sugestiona sin proponérselo.

JOYERO. — Nada objeto sobre este particular. Quizás fué así. Lo importante es que está otra vez en mi poder.

DAMA. — Para satisfacción y tranquilidad de los dos.

JOYERO. — Ahora con su permiso, me re-

tiro. Supongo que el peligro habrá pasado.

DAMA. — Así lo espero.

JOYERO. — Don Enrique nada dice. Es más, se ha hecho invisible.

DAMA. — No sé. Puede que haya salido a inspeccionar la calle.

JOYERO. — Lamento no poder ser testigo del maravilloso efecto que las nuevas joyas habrían causado entre el gran mundo que allá en la Embajada se habría reunido. Otro día será. Mis felicitaciones por adelantado a usted y a su espléndido marido, que tan exquisito gusto demostraron, sabiendo escoger lo mejor de lo mejor. A sus pies, señora.

(Le besa la mano.)

DAMA. — Hasta mejor ocasión.

(Al Criado.)

Acompaña al señor.

(Mutis de Joyero y Criado.)

Por fin escapó. Se salió con la suya. Buen golpe. Admirable en su maldad. Si en lugar de andarse por la senda del mal discurriera por la del bien, qué gran hombre podría llegar a ser.

(Coge de nuevo el libro y reanuda su lectura.)

Veamos cómo sigue el ladrón su travesura, y cómo será el final de tal amor.

LADRÓN. — *(Sale del dormitorio.)* Pero el final no siempre es el mismo, aun cuando el episodio de la novela se repita en la vida real.

DAMA. — ¿Todavía aquí?

LADRÓN. — Antes te dije que no habíamos terminado aún.

DAMA. — Pues quien ama el peligro, en él perece.

LADRÓN. — Más exacto sería decir que quien lo afronta, es que no le teme.

DAMA. — Allá tú con tus filosofías. Pero no tienes derecho a dejarme en situación comprometida frente a tu víctima, cual si fuera una cómplice.

LADRÓN. — Por cierto que no va a tardar en volver nuestro simpático Gayoba. Al darse cuenta del cambiazo que le he dado en su famosa cartera, volverá hecho un basilisco. Puedes suponerlo. Te prevengo, porque habrá que oírlo, y no es caso de que te achiques ante él. Sería tu perdición.

DAMA. — ¡Bonita situación la mía!

LADRÓN. — Espléndida, no lo dudes.

(Tomándole el libro de la mano.)

¿Te ha parecido grotesca la narración? Me ocurrió lo mismo a mí.

DAMA. — ¿Conoces la novela?

LADRÓN. — Tengo mucho leído de este autor.

DAMA. — Por lo visto no es pura fantasía cuánto escribe.

LADRÓN. — Eso parece. La anécdota que sirve de base a la novela, puede ser revivida por alguien.

DAMA. — Cierto que sí.

LADRÓN. — Ahora que, para mí, lo inaudito del caso, no es que el ladrón se enamore de la dama a quien va a robar, sino que un sujeto de su ralea, historia y categoría, dentro del oficio, se entiende, encuentre mujer capaz de sugestionarle de manera tan brutal, que hasta queda anonadado para continuar siendo ladrón.

DAMA. — Más extraño es que la dama, a su vez, le corresponda desde el primer momento con tanta pasión.

LADRÓN. — Locuras del corazón.

DAMA. — Traiciones del querer. Los sentimientos y el instinto se nos llevan por delante, antes de que la reflexión entre en juego y la cordura haya fijado la norma a seguir.

LADRÓN. — El ladrón acierta al encontrar una mujercita bonita, juiciosa y ponderada, que no se asusta del lance, que no grita, ni se desmaya. Deja simplemente que el encuentro se desenvuelva con tranquila calma. No se descompone por la cuantía del valor robado. Sabe aquilatar la hombría y la habilidad que el ladrón necesita para llevar a buen término su cometido. Y la admiración se trueca en simpatía y acaba en frenesí, cuando a lo largo del suceso comprueba la Dama la cualidad espiritual del ladrón, quien se porta como un perfecto caballero, correcto hasta la exageración, viril y habilísimo ante el peligro, prendas todas ellas relevantes que cautivan el alma de la mujercita que sufre la fascinante presencia de semejante hombre.

DAMA. — Dotado de una simpatía arrolladora.

LADRÓN. — Eso en la novela.

DAMA. — Claro que en la novela.

LADRÓN. — Vamos a ver: tienes a la vista tres grandes personajes: tu marido, el ladrón de la novela y el auténtico, yo. De los tres, ¿cuál eliges? ¿Con quién te quedas en definitiva? Contéstame con sinceridad y valentía.

(Voces dentro.)

DAMA. — Rápido, escóndete.

(Ladrón le devuelve la novela y entra en la alcoba de la Dama. Irrumpe en la escena el Joyero, foro derecha, seguido del Criado que no vuelve de su asombro, haciendo mutis en seguida.)

JOYERO. — Mis temores confirmados, señora. Me han robado y en su casa.

(Saca de la cartera los billetes y el estucha.)

Vea usted. Billetes de guardarropía, y el estuche vacío, sin la valiosa gargantilla que me están esperando. ¡Mi ruina! ¡Mi descrédito!

DAMA. — Lamento el percance, señor Gayoba.

JOYERO. — Se me figura que ustedes, en plural, ¿estamos?, no son ajenos al suceso.

DAMA. — Me está usted ofendiendo, y no debo tolerarlo.

JOYERO. — Y este presunto doctor Pilcaya, ¿no resultará ser su cómplice?

DAMA. — ¡Cómo, presunto! Auténtico. Tome el listín y compruebe usted mismo si existe o no el tal doctor.

JOYERO. — Aunque efectivamente exista, puede suplantársele.

DAMA. — ¿A tanto llega su inconveniencia?

CRIADO. — *(Sale foro derecha.)* Llaman, señora. Por lo visto, el timbre no suena.

DAMA. — Vaya a abrir y avíseme quién llega.

(Mutis del Criado.)

JOYERO. — No tengo más remedio que poner el asunto en manos de la Justicia. Se derrumbará mi prestigio de hombre listo, pero no me importa. Primero es dar con el caco que supo sustraerme la cartera y su contenido. Luego, a por los cómplices, que los debe de haber muy encopetados, según presumo.

DAMA.— Me asombra su manera de pensar en cuestión tan grave como le afecta.

JOYERO. — ¿Cree usted que voy a contentarme con palabras? Pues se equivoca. Procederé contra quienes resulten culpables, por muy altos que sean. Le doy a usted diez minutos de tiempo para descubrirme el enredo y devolverme lo que me quitaron.

DAMA. — Estoy por cruzarle la cara a bofetadas, insolente. Está de sobra aquí, ¿entiende?

CRJADO. — *(Entrando y quedándose como la otra vez en el corredor.)* Señorita, es el doctor que viene por su equipo.

LADRÓN. — *(Entrando, foro derecho.)* Creo haberlo dejado aquí. Tal vez en su alcoba. Necesito el estuche quirúrgico que llevo siempre en mi cartera.

(Nota la gravedad de Dama y el Joyero.)

Perdón, señores. Noto que están ustedes violentos. ¿Es que sucede algo desagradable?

DAMA. — El señor le explicará.

JOYERO. — *(Señalando los billetes y el estuche, que dejó sobre la mesita de centro.)* Vea usted mismo y compruebe la burla de que he sido víctima.

LADRÓN. — ¡Caramba! Listísimo habrá sido el ladrón. Robarle a un joyero de su categoría, no es suceso de todos los días.

DAMA. — ¿Qué dirá mi marido? ¡Qué disgusto tan atroz!

JOYERO. — ¡Cuánto misterio! Hay que avisar a la policia con rapidez, y que ponga en claro lo que aquí pasó.

LADRÓN. — Pero, señor Gayoba, parece que sea esta la primera vez que le roban a usted.

JOUERO. — Jamás tuve la mala suerte de hoy. Percance semejante, no lo sufrí en mi vida. Tengo fama de hombre cauto.

LADRÓN. — Pues discurre usted como un colegial. ¿Me permite, señora, entrar en su dormitorio?

DAMA. — Desde luego, pase usted.

LADRÓN. — *(Entra y sale en seguida, con la ropa que antes se quitó.)* Mi cartera no está. Ya somos tres los robados. ¿Qué le parece lo sucedido, señor Gayoba?

DAMA. — ¡Es asombroso!

JOYERO. — ¡Un escándalo! Pero a mí no me la dan con queso.

LADRÓN. — Con queso o sin él, lo cierto es que entre mis manos se halla la prenda de alguien que entró aquí, que nos robó y que después de cambiarse de ropa se ha largado tan campante, orondo y satisfecho de lo recaudado, que de seguro debe ser un montón. Probablemente se habrá puesto algún terno de su marido. ¿Quiere comprobar si falta algún traje en el ropero de su esposo?

DAMA. — Efectivamente. Lo he comprobado ya. Falta un traje de calle.

LADRÓN. — Y ahora, ¿qué hacer?

JOYERO. — Debe intervenir la policía con la máxima urgencia.

LADRÓN. — Discurro que sería preferible esperar a mañana.

JOYERO. — Eso sería dar tiempo a que el ladrón, o los ladrones, que más de uno serán, quedaran fuera de peligro. De ninguna manera accedo a dilatar mi denuncia.

LADRÓN. — Quizás durante la noche, nuestra amiga, aleccionada por la novela que tiene en curso de lectura, dé con el sujeto que a nosotros nos interesa encontrar.

DAMA. — No sería ningún imposible. Muchas de ellas son trama de un hecho verídico.

JOYERO. — ¿Novelitas a mí? Bueno estoy yo para oír tonterías y escuchar paparruchadas. A mí no me toman el pelo ustedes. Nos veremos luego en la Jefatura de Policía, probablemente.

(Mutis, foro derecha.)

DAMA. — Tal como se va, puede cometer cualquier imprudencia. ¡En buena mamaraña me tienes hundida!

LADRÓN. — Mientras yo esté a tu lado, nada temas.

DAMA. — En el desdichado momento de conocerte, de primer impulso debí rechazarte a tiro limpio.

LADRÓN. — Eres demasiado lista para cometer tamaña corazonada. Además, un acto de fuerza bruta, desentonaría de tu exquisita feminidad.

DAMA. — Nadie sabe de lo que es capaz, hasta que el destino le ofrece ocasión propicia.

LADRÓN. — Me exaspera el haber tropezado con dama de tanto mérito. Debo confesar que tu gran figura de mujer me atrae hasta tal extremo que, en adelante, ya no podré vivir sin ti.

DAMA. — Mal que te pese, jamás lograrás mi consentimiento a tu absurda voluntad.

LADRÓN. — Contemplarte enojada tiene para mí un encanto seductor. Eres adorable. Una maravilla de mujer única y sin par.

DAMA. — Porfías en vano. En mi código moral, el deber es antes que el placer.

LADRÓN. — Pues en el mío, el deber no cuenta. Para mí el placer está ante todo y sobre todo. Antítesis completa.

DAMA. — Además de audaz, eres un cínico

LADRÓN. — *(Mirando el reloj.)* Antes de marcharme, porque ahora sí que el tiempo apremia, voy a darte una prueba de mi afecto. Vamos a negociar. A cambio del dinero y joyas robado al señor Gayoba, que estoy dispuesto a devolverte a fin de que no quedes metida en el asunto...

DAMA. — *(Sospechando algo incorrecto.)* ¿Qué vas a pedirme?

LADRÓN. — Nada más, ni nada menos, que un beso.

DAMA. — En qué aprieto me pones, granuja.

CRIADO. — *(Entra, foro derecha, trayendo un montón de libros. Detrás de él, Paqui.)* Señorita, aquí está Paqui con un cargamento de libros, imponente.

DAMA. — ¿Cómo? ¿Tú aquí? ¿Te has atrevido a volver? ¿De dónde vienes?

DONCELLA. — De donde me ha mandado el señor.

CRIADO. — Se lo dije ,señorita. Salió a un encargo urgente.

DAMA. — Te callas, parlanchín. Descárgate de esos libros, y a tus quehaceres. Cuando te necesite, ya te llamaré.

(Criado deja los libros encima de la mesa de centro.)

CRIADO. — Perdón, señorita. Espero sus órdenes.

(Mutis, foro derecha.)

DAMA. — Anda, descárgate tú también.

(Doncella hace lo mismo que el Criado.)

DONCELLA. — ¿Manda algo más la señorita?

DAMA. — Paqui, a mí no me engañas ni tú, ni nadie. Con que, de trote por ahí con mi marido, ¿no es eso?

DONCELLA. — *(Extrañada.)* ¿Cómo puede suponer de mí semejante barbaridad? Le juro a usted, señorita, que está usted completamente equivocada.

DAMA. — Entonces, ya me explicarás tu salida.

LADRÓN. — Quien dará la explicación pertinente, será el señor.

SEÑOR. — *(Entrando, foro izquierda.)* Efectivamente: envié a nuestra doncella a recoger este rimero de novelas que te tenía compradas con el fin de saciar tu afán de lectura truculenta. Como sabía de antemano que no había de poder con tanto librajo, la hice acompañar por el chófer. En cuanto a mí, debo participarte que debes rectificar tu juicio temerario, pues no me moví de casa. Aguardaba el desenlace de la anécdota de esta tarde ,encerrado en la biblioteca. No debe sorprenderte mi actitud. En tus afectos y solaces, estuve siempre por debajo de tus novelas, cuya lectura ha sido tu pasión más vehemente. Para colmar tu afán de aventura, he querido que nuestro gran actor y grandísimo amigo Leonardo, saltara del escenario del Teatro Principal al mosaico de nuestro hogar, en el que diera muestra y prueba de su talento excepcional, fingiendo un capítulo de su éxito «Un robo sensacional», que estos días precisamente acapara tu atención. Le ha bastado el tiempo brevísimo que media de la representación de la tarde a la de la noche para darte, con maestría sin igual, una lección primorosa, que espero aprovecharás.

DAMA. — No puedo perdonarte semejante conducta. Me disgusta el procedimiento, aparte de lo desagradable que puede resultar la intervención del señor Gayoba. ¿Con que, usted no es un ladrón de verdad?

LADRÓN. — Claro que no.
(Devuelve al Señor las llaves.)
Ya no me son precisas. Porque, supongo yo, que la ficción ha terminado.

TÍA. — *(Entrando, foro derecha.)* Sobrino... Ahora sí que va de veras. Volvió ese chiflado de antes, el amigo del Doctor.

TÍO. — *(Entrando, también foro derecha.)* Grita como un energúmeno.

TÍA. — Suerte que Mateo vigila tenaz y resuelto a dar con el culpable.

TÍO. — ¿Y con el intruso, qué hacemos?

TÍA. — Insiste en verte con urgencia.

TÍO. — Con una de amenazas terribles.

TÍA. — Por fin va a ocurrir algo, gracias a Dios.

INTRUSO. — *(Entra, foro derecha, sacudiendo la mano como si acabara de deshacerse de alguien que lo detuviera.)* La hipotenusa, amigo doctor. Ahí viene hecho un brazo de mar y centelleándole los ojos de corage, el saladísimo joyero, acompañado de gran tropel de gente, dispuesto a cometer un desaguisado mayúsculo. Pero mi cuadrilla, tus amigos y discípulos, le hemos pisado el terreno y el bromazo que vamos a darle, formará época.

DAMA. — *(Al Señor.)* No entiendo ni jota.

SEÑOR. — *(Encogiéndose de hombros.)* Ni yo tampoco. Allá veremos.

INTRUSO. — Tú, gran doctor, sí que me comprendes, ¿verdad? Por algo eres inteligente como sólo Dios sabe.

JOYERO. — *(Entra, foro derecha, empujando al Criado, que opone resistencia a su entrada.)* Quieto aquí, majadero. Quietos todos en su sitió. Perdón, don Enrique. No le había visto antes. Lamento muy de veras tenerle que comunicar la presencia de la policía en su casa.
(Al Ladrón.)
Y que le conste que es auténtica, no camelo, como su personalidad. Todas las salidas estn tomadas, de manera que es inútil cualquier intento de evasión.

LADRÓN. — Se ha precipitado usted, querirido Gayoba, pues tengo el placer de devolverle sus joyas.
(Se las devuelve, sacándolas de sus bolsillos.)

JOYERO. — *(Maravillado y desconcertado.)* ¿Qué clase de juego es ese?

LADRÓN. — Un caso de risa, amigo, aunque usted lo ha tomado por lo trágico. El ladrón ha resultado un pobre diablo. No ha sabido huir con el espléndido botín de su cartera, y ha soltado la presa sin oponer resistencia. Le felicito sinceramente por haberlo podido recuperar de modo tan simple.

JOYERO. — *(Con ironía.)* Mi más efusivo agradecimiento, Doctor. Pero usted debió darme el dinero, no las joyas, puesto que la venta estaba hecha.

LADRÓN. — Eso lo arreglarán ustedes después. Por de pronto, yo devuelvo a cada uno lo suyo.
(Entrega el dinero al Señor.)

SEÑOR. — Es lo procedente. No es momento de explicar.

JOYERO. — ¡Ah! Pero no contaban ustedes con la resonancia que el suceso va a tener. Porque, Gayoba es Gayoba, y no puede darse por convencido. Ya me comprenden ustedes. La importancia del personaje afectado, está muy por encima de los objetos robados.
(Dando entrada a varios.)
Pase la Policía y la Prensa.
(Irrumpen la escena, por foro derecha un grupo de Reporteros y Policías. El número de ellos lo determinará el Director, de acuerdo con el personal que tenga disponible, pero téngase en cuenta que representan la compañía de Leonardo y, por lo tanto, deben integrar el número, actores y actrices.)

JOYERO. — Pluma en ristre, señores, que voy a dictarles.
(Los Periodistas preparan los bloques y las estilográficas.)

SEÑOR. — *(Al Ladrón.)* ¿Qué se propone este tío?

DAMA. — ¡En buena estamos metidos!

TÍA. — Lo que nos vamos a reír. Porque éste tira de la manta, Pío.

TÍO. — Aquí muere Sansón con todos los filisteos.

DAMA. — Qué bochorno. Qué ridículo vamos a correr. ¿Cómo salvarlo?

LADRÓN. — Calma, amigos. Lo tengo todo previsto.

JOYERO. — *(Eufórico ante la confusión de Dama y Señor.)* Atención: a eso de las nueve de hoy, jornada memorable, exactamente hace media hora, he sido objeto de un robo escandaloso en esta casa.

LADRÓN. — Le suplico que no siga usted, mi querido amigo.

JOYERO. — Cállese usted, fingido doctor. Éste es el verdadero y auténtico ladrón

TÍA. — Por fin tendremos ladrón. Y de calidad.

LADRÓN. — Un momento, señores periodistas.
(Expectación fingida.)
De lo que deben tomar nota ustedes, porque tendrá muchísima más importancia que el mito del robo en cuestión, es de lo que van a oír por la Radio.

(Mira el reloj, y abre la Radio, que deja oír música ligera.)

Yo no podía esperar ni suponer tan rara exactitud en el señor Gayoba, de presentarse a la hora precisa y con la feliz ocurrencia de personarse aquí con tan numeroso acompañamiento de policías y periodistas. Escuchen ustedes. Ha llegado el gran momento.

(Para la música y se oye la voz del Locutor.)

LOCUTOR. — Atención: con referencia a la nota radiada últimamente, relacionada con el famoso ladrón desconocido, audaz en sus golpes y habilísimo en sus huidas, y, como consecuencia, se suplicaba al gran actor Leonardo que suspendiera las representaciones de «Un robo sensacional«, para frenar la ola de popularidad que el ladrón alcanza a diario con su enorme éxito, debemos advertir que se trata de un acto de propaganda, anuncio del acontecimiento que tendrá lugar dentro de breves días con motivo del festival, en curso de organización, a beneficio de nuestros olvidados hospitales y en el que interpretará la dama protagonista de «Un robo sensacional», frente al gran actor Leonardo, improvisando la réplica del personaje, una conocida señora de la alta sociedad. En estos momentos ha tenido lugar en casa de la futura protagonista, señora del gran mundo, como tenemos dicho, el primer ensayo, con resultados verdaderamente espléndidos.

(Ladrón cierra la Radio. Los periodistas se afanan en escribir, mirándose unos a otros, riendo la farsa.)

SEÑOR. — ¡Magnífico!

DAMA. — ¡Maravilloso!

TÍA. — ¡Enorme!

TÍO. — ¡Colosal!

INTRUSO. — Arrebatador. El genio llegando a su cúspide. Toma vela en este ofertorio, Mateo, que tú, a escondidas, también vienes tragando mucho folletín.

(Mateo se muerde el labio.)

SEÑOR. — Señores: les presento al caballero sin par y famoso actor, Leonardo.

(Impresión en Dama, Joyero, Tía, Tío y Mateo.)

JOYERO. — *(Descompuesto.)* Pero, ¿cómo? ¿Usted no es el presunto Doctor Pilcava? Entonces, ¿quién es usted?

LADRÓN. — Se lo han dicho ya: soy el actor Leonardo. Y éstos, a opinión de usted auténticos periodistas y policías, son mi compañía. Se ha pasado de listo, amigo. A pesar de lo cual, se la hemos dado sin queso. Recuerde la frase.

(Grandes risas, mal contenidas, celebran el tropezón de Gayoba.)

Bien, señores y amigos, por hoy el ensayo ha terminado, a menos que nuestra genial Dama piense darle otro final.

DAMA. — El lógico, Leonardo: incorporarme a vuestra Compañía en calidad de actriz, puesto que se me acaba de anunciar como a tal, para así poder gozar el placer de la convivencia con vos.

(Movimiento de expectación y curiosidad.)

Sin escándalo de nadie, señores. Advertid que resulta peligroso poner frente a frente una dama y un famoso actor, modelo de caballeros y artista de cuerpo entero.

(A Leonardo.)

Trataros y no quedar prendida en las redes de vuestra fascinante personalidad, es intentar un imposible.

(Al Señor.)

El superhombre atrae el corazón femenino con mayor fuerza que el mismo profundo abismo. Debiste recordarlo antes de poner tal personaje al alcance de mis ojos y de mis propios labios.

TÍA. — Jugar con fuego...

TÍO. — Y no quemarse los bigotes...

DAMA. — No alborotarse, tíos.

SEÑOR. — ¡Ernestina! Tu espíritu rebelde te traiciona. Estás desconocida.

LADRÓN. — Soberana venganza la vuestra, esclarecida Dama.

DAMA. — A tono de vuestra farsa, queridos. Es lo menos que podéis tolerarme.

(Al Señor.)

Pero con más cabeza de la que me supones, freno el propósito de abandonarte para seguir una carrera artística, aterrada ante la catástrofe moral que para ti sería mi ingreso en la Compañía del gran Leonardo.

SEÑOR. — No sigas, Ernestina. Me estás irritando con tu salida de tono.

LADRÓN. — Nunca pude sospechar reacción de tanta trascendencia en alma femenina.

DAMA. — Quedad tranquilos los dos, porque todos hemos jugado ya bastante. Sabed que el perfecto equilibrio entre mis afanes, no se ha de alterar. Tu esposa soy, y en tu esposa me quedo. Se me quiso dar una lección, que acepto, a despecho de mi amor propio herido. La comedia de hoy ha de terminar quemando tanto libro y novelón como hay en casa. Puesto que la vida ni es idilio, ni ensueño, ni fantasía, sino dura realidad, no debemos permitir en adelante que lecturas de falso ambiente, irreales, morbo-

sas y absurdas, llenen de confusión la mente de ningún posible lector. Cuánta verdad es que, burla burlando, se consigue lo que no logra una sesuda y docta reprimenda.

SEÑOR. — Grande fué tu pasión por la novela truculenta...

LADRÓN. — Pero sublime la renuncia. Es de justicia reconocerlo.

TÍA. — Sobrina, hija, pasas de la locura a la santidad con una frescura que asombra.

TÍO. — De lo cual, tú, señora Tía, podrías tomar buen ejemplo.

TÍA. — A ti te lo digo, señor malandrín.

TÍO. — Empatados, rica..

LADRÓN. — ¿Qué hace usted ahí embobado, sñor Gayoba?

SEÑOR. — ¿No dijo usted antes, famoso Joyero, qu la venta estaba efectuada?

(Alargando el importe.)

Pues a cobrar y a devolver las joyes a su legítima dueña, a mi Dama, que bien las merece.

(Joyero toma el paquete de billetes que el Señor le da, y deja los estuches encima la mesita.)

¿Reconciliados, encanto?

(Le besa las manos.)

DAMA. — ¿Por qué no, si tú lo quieres?

LADRÓN. — ¡Ea!, al Teatro todos. A representar nosotros, y a ver y a aplaudir ustedes...

SEÑOR. — ...y a celebrar por mi cuenta después, el gran éxito, allí y aquí, de «Un robo sensacional».

TELÓN

3 0112 098525212

LIBRERIA TEATRAL
MILLA
S. Pablo, 21
Barcelona

Precio: 5 ptas.